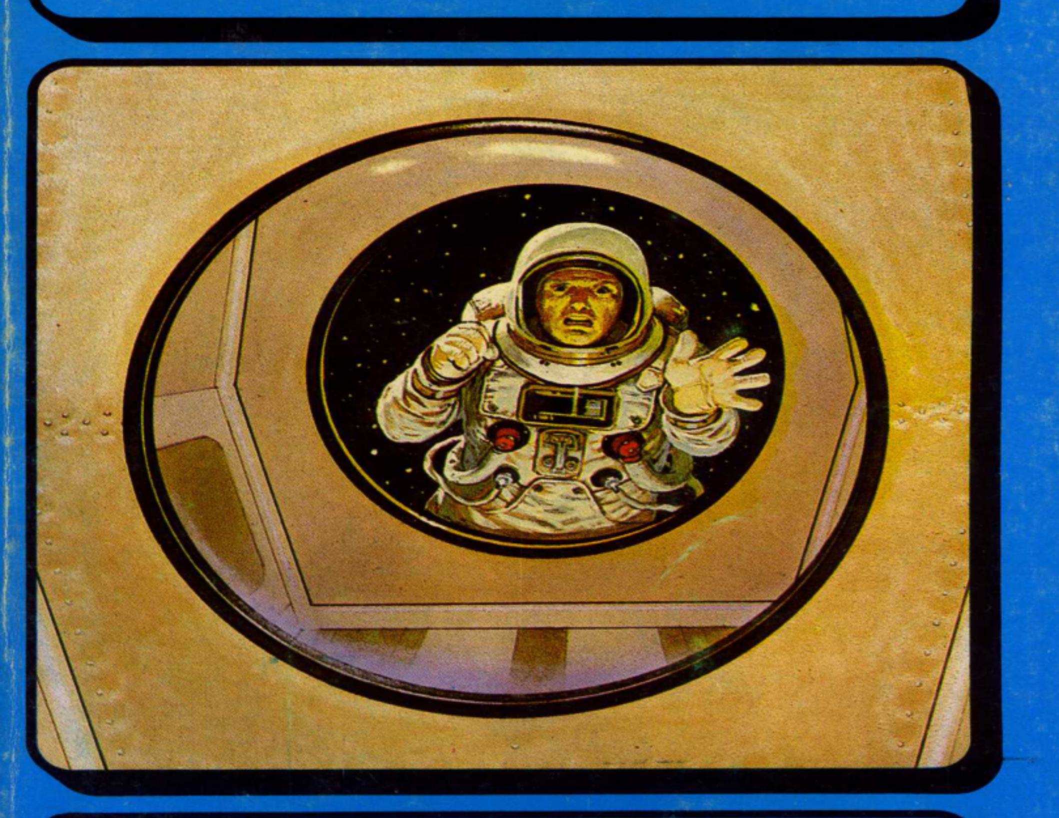
Serie ciencia ficción
GALAXIA 2000

NOVELA INEDITA

Curtis Garland

Los que no existen



EDICIONES FORUM

Curtis Garland

Los que no existen

Curtis Garland

Los que no existen

EDICIONES FORUM

1.ª edición: abril 1985
Esta edición es propiedad de Editorial Delta, S. A.
Paseo de Gracia, 88 planta 5.ª 08008 Barcelona.

ISBN: 84-7598-100-3
Depósito Legal: M. 12.963-1985
Fotocomposición: Ungraf, S. A.
Pujadas, 77-79. 08005 Barcelona
Impresión: Gráficas FUTURA, Sdad. Coop. Ltda.
Villafranca del Bierzo, 21-23.
Fuenlabrada (Madrid)
Printed in Spain - Impreso en España, abril 1985
Las situaciones y personajes de esta novela son ficticios.

Un sueño incomprendido es como una carta sin abrir.

Antigua sentencia hebrea.

El sueño no es sino una advertencia acerca de nuestro futuro, enviada por los dioses.

Platón

PRÓLOGO (ANTES DEL EPÍLOGO)

Ellos están ahí ya. Han vencido.

Yo sé que han vencido. Nadie más lo sabe. Nadie más lo sospecha. Eso es lo peor de todo. Que no puedo convencer a nadie. Que ni un solo ser humano podría creerme.

Porque *ellos* no existen. Para ninguna persona en su sano juicio existirían. Pero están. *Son*. Yo lo sé. Y nadie más. Dios, ¿cómo convencer a cualquier otro de la tremenda realidad de lo irreal?

Todo está perdido ya. Es demasiado tarde para cualquier cosa. Tal vez al principio hubiera sido posible. Tal vez. No lo sé. No lo sabré nunca.

Ahora debo resignarme y ceder. Permitir que *ellos* sigan adelante hasta el fin.

Hasta el horrible fin que yo mismo, inconscientemente, provoqué. Loco de mí, ¿cómo no supe darme cuenta a tiempo de la espantosa verdad, cómo no hice algo para evitar que aquel disparate siguiera adelante sin remedio?

Me siento culpable. Tremendamente culpable, pero eso no resuelve nada. Más bien lo empeora para mí, porque mi conciencia me reprocha en estos terribles momentos muchas cosas. Cosas que ya no tienen remedio, cosas que son por completo irreversibles.

Echando la vista atrás, recuerdo momentos en los que pude haber sido más resuelto, menos indeciso, mucho más sensato y razonable. Instantes en los que mi propia lucidez debió dictarme otras actitudes, otros modos, otras decisiones. Pero, ¿de qué sirve ya volver la cabeza hada el reciente pasado, si éste no tiene ya remedio y lo que haya de suceder sucederá sin remisión?

Ellos esperan su momento, agazapados en la Nada que yo mismo di forma. *Ellos* no tienen prisa. Nunca la tuvieron. No había razón para ello. Disponen de la Eternidad para cumplir sus designios. Y *saben* que ahora es el momento. *Su* momento. Saben que yo, estúpido de mí, entre todos los mortales, tuve que ser la persona lo suficientemente necia y ciega para abrirles paso hasta la realidad, hasta el punto exacto que necesitaban y querían.

He intentado hablar con alguien, pedir ayuda. Nada. Es inútil. Como me temía, he fracasado total, rotundamente. De un momento a otro, alguien llamará a mi puerta. No será para venir a ayudarme, a ayudarse a sí mismo aun sin saberlo. Será para cerrar este demencial capítulo de mi vida y de muchas otras vidas, para conducirme a un

lugar donde ya me será imposible de todo punto intentar cosa alguna. Para llevarme adonde pueda convertirme, trágicamente, en testigo mudo e impotente del horror que se avecina.

No puedo culpar a nadie de ello. Yo mismo lo provoqué. Yo atraje sobre mí lo inexorable, de modo fatal e irreversible. Quise que me creyeran cuando sabía que eso era por completo impensable. Que tuvieran fe en la palabra de un hombre que aseguraba cosas fantásticas, inauditas, delirantes.

Y, naturalmente, me tomaron por loco.

Loco.

Es la palabra que yo mismo me he merecido. El concepto que he logrado tengan de mí los demás. A fin de cuentas, tienen razón. Al menos, *su* razón.

¿Quién podría admitir una historia tan delirante como la mía? Nadie en su sano juicio, claro. Lo he intentado. Y fracasé.

Sólo me queda esperar. Esperar lo peor. Lo irremediable.

Va a ser una espera difícil, tensa, angustiosa. Y exasperada. Porque lo peor es esta impotencia mía, este no poder hacer nada por evitar lo inevitable.

Dentro de poco, las cosas no serán como siempre fueron. Y entonces resultará ya demasiado tarde para todo, menos para lamentarse y sufrir sus imprevisibles, inimaginables consecuencias. Para saber lo que nos espera realmente a todos en un mañana desesperado y sin horizontes, prisioneros de *algo*, de *alguien* que ni siquiera existe. Pero que está ahí. Que está *entre* nosotros. *Con* nosotros. ¿O *en* nosotros?

No sé. Empiezo a delirar. No comprendo apenas nada. Las ideas se confunden, entrecruzadas en mi cerebro, en una maraña infernal y caótica, como un laberinto siniestro, espantoso. Un laberinto sin salida.

Y ahora, cuando recuerdo cómo empezó todo, me da un escalofrío. Evocar aquellos momentos en mi mente, me produce la amarga sensación de caer en un vacío al fondo del cual me espera una vorágine fatal, inexorable, devoradora.

Pero, aun así, lo recuerdo. No quiero recordarlo, pero tampoco puedo evitarlo. Viene una y otra vez a mi mente. Se confunde con imágenes diversas, con retazos de momentos culminantes de esta atroz historia que, por el momento, sólo a mí me es dado vivir con toda intensidad, en un clima de angustia creciente, demoledora.

Con todo ello, a veces, se mezcla la imagen de ella. De Alana.

Alana...

Dios mío, tan próxima a mí, tan tierna, tan cálida... Y sin embargo, a la vez tan lejana, tan inaccesible, tan gélida e inmaterial...

—Alana... Alana...—susurró—. Si al menos tú, *sólo tú*, fueses

material, existieras realmente en mi mundo…

Y cierro los ojos. Y pienso. Y recuerdo.

Recordar es doloroso. Incluso recordar a Alana.

Pero no puedo evitarlo, ya lo dije antes. *Debo* recordar. Estoy obligado a recordar. Tal vez forme parte de mi propio castigo, una anticipación del otro que me espera cuando todo eso haya terminado. O cuando haya empezado, que aún no estoy seguro de cómo definirlo…

—Alana… —musitó otra vez—. Alana, amor mío…

Y su imagen borrosa, evanescente, parece sonreírme entre unas brumas irisadas de colores irreales. Irreales como ella misma. Como todo lo que ahora me rodea desde un mundo de pesadilla.

Nunca mejor empleada la palabra: pesadilla.

La pesadilla que comenzó un día, no hace mucho, de aquel modo insólito, imprevisible…

PRIMERA PARTE

PESADILLA

1

Fue la primera vez que vi al monstruo.

No es fácil olvidarla. Fue un encuentro terrible, estremecedor. E insólito. Porque uno no espera jamás encontrar un monstruo en pleno día, a la hora de ir al trabajo cotidiano, en un lugar público y concurrido.

Sin embargo, eso es lo que me ocurrió a mí.

Acababa de abandonar el monorraíl D—107, para tomar una de las aceras rodantes del Nivel Seis de la ciudad, rumbo al centro urbano de Cosmópolis. Como cada día desde que trabajaba en el Centro de Investigaciones Analíticas del Estado. Era un día fresco, soleado y apacible. Entre los grandes bloques cromados de la zona comercial, se alzaban los alegres jardines repletos de niños jugando en sus horas de recreo. Sobre nuestras cabezas, los aerotaxis y los turbomóviles se deslizaban con graciosa ingravidez por entre el bosque de edificios verticales, rectilíneos y armónicos.

Y, de repente, apareció él.

El monstruo.

Le miré. Me miró a su vez. Sentí un estremecimiento y miré en torno mí con estupor. Me pregunté qué haría la gente al verle, si gritar, echar a correr en todas direcciones o lanzarse sobre él como un solo hombre, para reducirle y entregarlo a las autoridades para su reclusión.

Nadie hizo nada de eso. Ni le miraron, ni se asustaros, ni se tornaron agresivos con él. Sencillamente, no hicieron nada. No se alteraron lo más mínimo. Siguieron caminando rumbo a su trabajo cotidiano, como si tal cosa. Pasaron junto a él como si no le vieran.

Y entonces comprendí que era eso: no le veían.

Estaba allí, ante ellos, pero no le veían. Le rozaban, pero no se daban cuenta de ello.

Me froté los ojos. Yo no llevo gafas ni lentillas. No podía, por tanto, ser víctima de un fallo óptico. Cosa, por otro lado, harto improbable incluso para quien llevara una de ambas cosas. Porque el monstruo ni siquiera podía ser confundido por la deformación de un ser humano.

Era, realmente, lo que cualquier ciudadano normal calificaría justamente así: como un monstruo. No encontré otra palabra para describirle, ni creo que la hubiera.

Era espantosamente feo. Deforme, pálido, de color amarillento, escamoso como un reptil, con ojos amarillentos igual que los de un gato, fauces amplias, dentadas con afilados incisivos. No vestía ropa alguna. Ni la necesitaba. Todo su cuerpo eran escamas duras,

brillantes, superpuestas como laminillas metálicas de un raro tono opalino. Sus manos y pies ofrecían membranas entre sus dedos rígidos, rematados por agudas uñas doradas. El conjunto resultaba espantoso. Pero creo que lo peor de todo era su mirada.

Aquellos ojos amarillos poseían inteligencia, sin duda. Y maldad. Una rara, oculta malignidad que asomaba tan sólo en el brillo fosforescente de uñas retinas estrechas, verticales igual que las de los felinos, fijas insidiosamente en mí.

Creo que aquella boca monstruosa sonreía o cosa parecida mientras su contemplación de mi persona, confundido entre la gente que me rodeaba, se hacía persistente y molesta.

Sacudí la cabeza, desorientado, temeroso. Que yo recordase, no había bebido nada la noche antes. Por tanto, esto no podía ser el resultado de una resaca demasiado fuerte. Tampoco acostumbro a tener visiones ni alucinaciones. ¿Qué podría significar aquello, salvo una alucinación absurda?

Miré a la gente en derredor, preguntándome por qué ellos no advertían nada. Ni siquiera rozando aquel repugnante cuerpo escamoso reaccionaban de modo alguno. Era como si el monstruo no existiera salvo en mi imaginación.

¿No existía?

—Sí, debe de ser eso —murmuré, parándome en seco un momento, mientras la acera seguía rodando inalterable. Me enjugué el sudor de la frente—. Es sólo eso. No lo ven..., porque no existe. Sólo existe en mi imaginación.

Fui hacia él directamente, cambiando el rumbo de mi marcha. Me detuve ante el extraño ser. Él no se movió, no dijo nada. Se limitaba a mirarme, a sonreír de aquella extraña forma.

— ¿Quién es usted? —pregunté—. ¿Por qué me sigue? ¿Por qué nadie le ve, al parecer, excepto yo?

Era absurdo todo aquello, lo sabía. Junto a mí pasaron dos hombres con sendas maletas de ejecutivo que me miraron perplejos, preguntándose acaso si estaba rematadamente loco. Pensé que, para ellos, estaba hablando solo, dirigiéndome al vacío. Y así era, maldita sea.

No había nadie delante de mí. Ni monstruo ni nada. Sólo el vacío. Estaba solo, dirigiéndome al aire. Me sentí profundamente avergonzado. Eché a andar con rapidez, sin volver la vista atrás, mientras oía una risita burlona en alguna parte, y un comentario que me hizo daño:

—Ese tipo habrá bebido de más. Hay gente que no asimila bien el alcohol...

Al diablo con ello, pensé malhumorado. En cierto modo, tenían razón. Acababa de imaginarme algo. Pero no había bebido, eso era lo

extraño. Sólo que mi mente me había jugado una mala pasada, haciéndome ver lo que no existía.

Miré de nuevo en derredor, por si el monstruo se había desplazado a alguna parte. No, no estaba en parte alguna. La alucinación se había difuminado definitivamente. No me tranquilizaba del todo, porque la explicación a su presencia seguía siendo un completo misterio, pero seguí adelante, decidido, en dirección a mi trabajo.

Llegué al Centro de Investigaciones Analíticas con un poco de retraso. Ocupé mi asiento en la sala de experimentación donde trabajaba habitualmente, y dispuse todo el material para mi trabajo en las nuevas experiencias hipnoanalíticas emprendidas por el Gobierno en su nuevo programa investigador. Cerca de mí, Radkin me dirigió un movimiento de cabeza y una frase de salutación.

—Hola, Lem —dijo—. Te has retrasado unos minutos, ¿eh?

Asentí. Todos conocían mi puntualidad proverbial. Para ellos, un retraso mío era algo desusado. Comprendí que había caminado menos deprisa que de costumbre, preocupado por la aparición del monstruo. Y eso me hizo inquietarme de nuevo, ante lo absurdo de mi experiencia matinal al salir del turborraíl.

La jornada de trabajo consumió la mañana rápidamente. Era mucha la tarea, y me apasionaba mi especialidad. Las investigaciones hipnoanalíticas eran un terreno fascinante para un hombre como yo. Claro que ya sabía que, cuando el Gobierno emprendía una tarea semejante, era para controlar un poco más al ya de por sí controlado ciudadano medio. Hasta ahora, a éste sólo le quedaban dos cosas absolutamente libres en su existencia: sus pensamientos y sus sueños. Muy pronto, sólo le quedarían sus pensamientos, a menos que los agoreros del pasado no acertaran en sus profecías de que llegaríamos a estar un día esclavizados física y mentalmente al Poder que nos rige. Pero ahora, preocupantemente, el gobierno se ocupaba de los sueños de sus súbditos. Mala cosa. Dentro de poco tiempo, lograrían controlar nuestros sueños y, tal vez, introducir en ellos spots publicitarios y mensajes políticos.

De todos modos, yo era funcionario de ese Gobierno y, aunque no me gustasen las autocracias, el mundo entero, y sus Colonias interplanetarias, eran autocráticos desde los mismos inicios de nuestro bendito siglo XXI, cuando se creó la Confederación Mundial para prevenir futuras guerras. Cierto que ya no hubo más conflagraciones en el planeta. Pero tampoco más libertades que las que toleraba el nuevo régimen a escala mundial, regido por una gerontocracia rígida y paternalista a la vez.

No se podía decir que fuéramos tiranizados, pero en el fondo todos sabíamos que nuestras presuntas libertades estaban

perfectamente programadas y delimitadas por los «de arriba». Tal vez siempre había sucedido así, por mucho que las cosas se pintaran con colores democráticos, pero ahora los hechos eran más evidentes.

Sin embargo, era inútil rebelarse contra eso. No servía de nada por la sencilla razón de que ni siquiera existían ya los rebeldes. A todo el mundo le era más sencillo aceptar las cosas como eran. La educación, astutamente planificada y programada, no era sino un medio de amoldar mentes, unificar criterios y eliminar individualidades. La prensa, servida a domicilio mediante pantallas electrónicas, lo mismo que las diversiones, los estudios o el ocio, era un instrumento más del Estado. Las corrientes de opinión existían en apariencia. En el fondo, todo estaba bien encauzado, bien controlado por las alturas.

Yo mismo me sentía cómodo en aquel sistema y no quería preocuparme de otras cosas. Ganaba el dinero suficiente, vivía con comodidad y era bien considerado. No podía desear más. Tenía un porvenir brillante ante mí, en el que podía escalar altos puestos en los centros de investigación estatal, un hogar confortable, una mujer complaciente siempre que lo deseara, y no siempre la misma, puesto que era soltero. La vida, para mí, no era precisamente ingrata. La política me importaba poco, como a todos. Por tanto, no había motivo para sentirse contrariado por nada.

Salí a almorzar a la hora de costumbre. Dudé entre irme a comer algo a un restaurante o quedarme en el comedor del Centro. Elegí esto último para no tener que salir del recinto.

Radkin, mi compañero de trabajo, me saludó desde su mesa mientras yo recogía la bandeja de alimentos en el reparador automático. Puse mi tarjeta de crédito en la ranura, registraron el pago, y fui hacia la mesa de Radkin con los alimentos.

De pronto me paré en seco. La bandeja cayó de mis manos.

En la mesa inmediata a Radkin estaba sentado el monstruo.

Lancé un grito ronco de ira y me precipité sobre aquella mesa, saltando por encima de los platos y vasos caídos, ante el asombro general.

— ¡Usted otra vez! —grité exasperado—. ¿Qué hace aquí? ¿Quién es, maldito monstruo repugnante? ¿Es que quiere volverme loco?

Le aferré por su escamoso cuerpo. O traté de hacerlo. Por un fugaz instante, creí rozar unas frías escamas viscosas que resbalaron de entre mis dedos crispados. Luego, sentí que lo que aferraba era una silla vacía, alzándola en el aire estúpidamente, para arrojarla luego contra la pared.

En esa silla no había nadie, la mesa estaba vacía.

Y el monstruo no aparecía por parte alguna.

Radkin se había levantado prestamente, con cara de estupor,

logrando sujetarme el brazo en un esfuerzo por tranquilizarme, mientras la atención general del comedor estaba pendiente de mí.

—Pero, Lem, muchacho, ¿qué te ocurre? —jadeó Radkin, alarmado—. ¿Es que te pasa algo raro? ¿Estás enfermo?

—No, no... —musité, trémulo—. Creí... Creí ver a alguien...

—Vamos, te acompañaré a la enfermería —dijo prestamente—. Te darán algún calmante.

—No, no, estoy bien—dije—. No necesito un médico, Radkin... Espero que no.

—Pero, entonces, ¿por qué hiciste eso? —puso la silla en su sitio, mirándome perplejo—. Estás pálido, sudoroso... Y parece que hubieras visto a un fantasma, Lem.

—Creí verlo —susurré.

—Ya. Pudo ser una alucinación, producto de los nervios —sonrió, añadiendo con envidiable sentido del humor—: Ese nuevo proyecto nos está obsesionando. Yo tengo sueños raros, Lem. No creo que trabajar estudiando sueños ajenos nos siente bien...

—No es eso. Tal vez una alucinación, no sé. Qué estupidez la mía. Perdí los nervios, lo lamento...

—Está bien, señor Kovak —me dijo un empleado del comedor, recogiendo los restos de mi bandeja—. No ocurre nada que no se pueda arreglar. ¿Quiere otra bandeja?

—No, gracias. No tengo apetito ya —negué.

—Vamos, siéntate conmigo —invitó Radkin—. Toma una copa, te sentará bien.

No supe negarme. Tomé algo en su compañía, no recuerdo qué. Y me sentí mejor. Al volver al trabajo, casi había olvidado el incidente. El resto del día fue normal, terminé mi trabajo y fui a casa en el turborraíl de las seis. Mura, mi actual compañera, debía de estar esperándome.

Mura no era una novia ni nada parecido. Era sólo una de esas chicas que se contratan a través del video—contacto, a una Agencia de Placer Sexual. Te envían algo mejor que una vulgar prostituta, aunque imagino que en el fondo la cosa no se diferencia demasiado entre sí, pese a los eufemismos. Una Servidora de Hogar es, en todo caso, una joven, casi siempre bella —a menos que uno elija una mujer madura o poco atractiva, lo cual no es mi caso, pero sí puede ser el de algún tipo raro—, servicial y educada, que lo mismo cocina, lava o limpia, que le atiende a uno en todos sus deseos íntimos.

Esta clase de chicas se contratan por días, semanas o meses. Casi siempre duran poco, una vez satisfecho el capricho inicial. De momento, yo no me había cansado aún de Mura. Y eso que llevaba ya seis semanas en casa.

Cuando llegué, me sorprendió encontrar la puerta abierta. No es

que se deba temer nada en nuestros tiempos, porque el Gobierno controla perfectamente el delito. No existen los robos, por la sencilla razón de que hace décadas que fueron erradicados los ladrones. Si no hay necesidad, no existe el robo, según los psicólogos. Y si alguien roba por simple espíritu delictivo, se le altera la personalidad y se reprograma su mente en un Centro de Rehabilitación Social del Estado. Cuando vuelve a la calle, el rehabilitado ya no piensa jamás en delinquir de nuevo.

Igual proceso se sigue con los asesinos, cuando aparece algún caso aislado. Nadie es del todo desechado. Si el criminal lo es por naturaleza, se le extermina, y problema resuelto. La pena de muerte no es un rito brutal en nuestro tiempo. Es sólo una fría y aséptica necesidad social que se ejecuta con rutinaria eficacia. Y nadie protesta por ello.

Por ello al ver la puerta abierta, no me preocupó en absoluto, pero me dije mentalmente que regañaría a Mura por ese descuido. Entré, tirando cansadamente mi portafolios a una butaca.

—Mura, ya estoy aquí —anuncié—. Y he pasado un mal día. Deseo cenar muy poco y retirarme a dormir en seguida. No quiero ver el videoprograma. No quiero nada.

Mura no respondió. La casa estaba en silencio. Eso no era habitual en ella. Fruncí el ceño, mirando el reloj. Era la hora de costumbre. Mura siempre estaba en ese momento dispuesta a recibirme, toda afecto y ternura.

—Al diablo con ella —gruñí—. Si empieza así, anularé el contrato y listo.

Entré en la casa. Lancé un grito de horror.

Mura estaba allí. En medio del salón. Sobre un gran charco de sangre, mirándome con ojos desorbitados, vidriosos. La habían destrozado. Ofrecía un enorme boquete en medio del cuerpo, reventando sus pechos y vientre. Aquellos ojos no veían nada. Mura estaba muera.

Con horror infinito, descubrí entonces al monstruo.

Me miraba malignamente desde el fondo, junto a la puerta del cuarto de aseo. Sus garras membranosas estaban cubiertas de sangre, que goteaba de sus horribles uñas punzantes. Salpicaduras sanguinolentas aparecían en su escamoso torso.

— ¡Tú otra vez! —aullé—. ¡Maldito asesino! ¡Te mataré!

Me precipité contra el muro, para tomar un extintor casero. Contenían un producto congelante, que salía a chorro, con enorme fuerza, y ese simple elemento sería capaz de congelar a cualquiera en un instante, convirtiéndole en un bloque de hielo.

Lo disparé contra el monstruo cuando éste se movió hacia mí, con una especie de risa cloqueante surgiendo de entre sus mandíbulas.

Aterrado, vi que también sus dientes puntiagudos estaban goteando sangre. ¡Había mordido y desgarrado a su víctima de modo simultáneo, con boca y garras!

El surtidor a chorro de líquido congelante le golpeó con fuerza, rebotando en sus escamas. Para sorpresa mía, el producto se limitó a solidificarse sobre aquel cuerpo repugnante, en forma de cristales que la bestia despidió de su coraza con una simple sacudida, como cuando un perro despide el agua que le empapa.

El frío químico no le hacía efecto alguno a su naturaleza. Aquella convicción me llenó de pavor, porque el horrendo ser se precipitaba ya sobre mí, emitiendo una especie de jadeo ronco que hacía brillar su saliva babeante entre burbujas de sangre, en su obscena boca.

Le arrojé el extintor, que golpeó su cabeza en vano. Se detuvo un momento, como si el golpe le hubiera aturdido ligeramente, pero siguió adelante, alargó sus brazos hacia mí, y sentí la proximidad de sus zarpas mientras a mis espaldas un muro me impedía huir en cualquier dirección.

Estaba acorralado. Las uñas doradas, tintas en sangre, se aproximaron a mi cuello. Supe que no podía defenderme, no podía luchar.

Iba a morir a manos de aquella fiera. Rabioso, le golpeé el rostro, clavé mis manos a la desesperada en su faz escamosa.

Un nuevo motivo de asombro y de terror me convulsionó. Al apretar con todas mis fuerzas, en aquel exasperado afán por defender mi vida, sentí que mis uñas arrancaban de su cara las escamas, desgarraban un tejido viscoso, como piel húmeda.

Tiré de todo ello. Igual que una máscara, su espantable faz se desmoronó, cayó en pedazos, enganchada en parte a mis dedos…

Un rostro humano apareció tras las escamas. Un rostro que me era profundamente familiar.

Mi propio rostro.

Aquel monstruo era yo mismo. Tenía mi cara.

Me contemplé como cuando me veía en un espejo. Pero «mi» cara se echó a reír malignamente, mientras los ojos amarillos, gatunos, se convertían en las azules pupilas que yo siempre he tenido.

—Lo siento, Lem Kovak —murmuró el monstruo, ahora convertido en mí mismo—. Lo siento mucho. Ahora ya lo sabes. Tú eres el monstruo… y yo soy tú.

Riendo estentóreamente, se apartó de mí. Me miré, despavorido, desde los pies a las manos, contemplé toda la parte visible de mi cuerpo, que se reflejó, asimismo, en el vidrio protector de la gran pantalla de televisión en el muro del salón.

Él tenía razón. Mi cuerpo, mis manos, mis pies, eran ahora escamosos, con membranas. Sentía un profundo frío en todo mi ser. Y

mi rostro, el que reflejaba aquel vidrio en la pared…, era el mismo rostro escamoso del monstruo, que ahora me contemplaba, riendo sin cesar, convertido en mí mismo de pies a cabeza.

En ese preciso momento, cuando mi horror era mayor y mi angustia más exacerbada…, me desperté.

2

El doctor Seward me contempló pensativo.

— ¿Se ha repetido ese sueño muchas veces, señor Kovak?— requirió.

Asentí.

—Sí. Muchas. Más de veinte. Empiezo a sentirme angustiado. Ni siquiera me atrevo a dormir. Llevo varias noches tomando tabletas contra el sueño, fármacos estimulantes que me permitan estar en vela. Pero se resiente mi trabajo, rindo apenas la tercera parte de lo normal. Me han concedido un permiso para recuperarme, pero es inútil. Debo volver dentro de cinco días al trabajo, y sé que lo haré más agotado aún que cuando me fui.

—Entiendo —el doctor Seward asintió con la cabeza, paseando ante mí con aire pensativo—. Supongo que esos sueños se iniciaron hace poco tiempo...

—Muy poco —asentí—. Cuando tuve el primero, no le di la menor importancia. Era una simple pesadilla, y nada más. Pero al empezar a repetirse, mi inquietud fue en aumento.

— ¿Siempre ve al mismo ser monstruoso?

—Siempre al mismo, sí.

— ¿Y siempre se transforma en usted mismo al final del sueño?

—Siempre. Hay cosas que cambian de un sueño a otro.

— ¿Cuáles, por ejemplo?

—Los lugares donde aparece, los horrores que comete... en ocasiones, no es Mura, mi compañera, la agredida, sino alguna otra persona.

— ¿Mujeres siempre?

—Sí —me sorprendió su pregunta. Le miré—. Mujeres siempre. Incluso niñas. El otro día fueron varias niñas las víctimas de ese monstruo. Las encontraba destrozadas, ensangrentadas en el jardín cercano a mi casa. Y luego se repetía todo por igual...

—Mujeres y niñas, ¿eh? —Seward me miró, pensativo—. ¿Sabe qué diría Freud o un psicoanalista de hace cien años de su caso? Que todo eso son represiones sexuales que su subconsciente libera.

—Doctor, por Dios...

—No, no. Ya sé lo que va a decir. No pienso decirle tal cosa, señor Kovak. Todo eso está superado. Estamos en pleno siglo XXI, el sexo ya no es un trauma para nadie, ni existe represión sexual en nuestra sociedad. Cierto que podemos haber heredado ciertos cromosomas que genéticamente nos unan al pasado de nuestros antecesores, pero dudo mucho que ése sea su caso.

— ¿Entonces...?

—Veamos, ¿esas pesadillas comenzaron cuando usted trabajaba en el proyecto de hipnoanálisis del Gobierno?

—Sí, unos días después —admití.

—Lo imaginaba. ¿Le ha afectado de alguna forma el hecho de que se le encargue un estudio biológico y científico de los sueños humanos y de su posible control por personas ajenas al que sueña?

—Un poco.

—No le gusta la idea.

—No, no me gusta.

— ¿Por qué?

—Considero que es un modo de penetrar en la intimidad de la mente humana, de manipular algo muy personal, como son los sueños.

—Eso lo considerarían reaccionario nuestras autoridades —sonrió Seward.

—Lo sé. Sólo lo comento a título personal. No pienso objetar nada oficialmente. Eso es mi trabajo, después de todo.

—Pero esas ideas pueden haber influido en usted, alterando su equilibrio psíquico. Los sueños se han vuelto un tormento. Se ve a sí mismo como un monstruo, porque en cierto modo aborrece introducirse mediante la Ciencia en las mentes ajenas, escarbando, buceando en sus sueños.

— ¿Y eso explica por sí solo que el sueño se repita constantemente, que el mismo ser horrible aparezca en ellos, transmutándose finalmente en mi propia persona?

—Es muy posible, sí —admitió el médico especialista frotándose el mentón—. Pero no es un diagnóstico definitivo, señor Kovak. Me temo que, mientras no perfeccionen ustedes un mecanismo capaz de controlar los sueños, no será posible desvelar por completo el significado de esa pesadilla.

—Estamos en una fase simplemente experimental. Ni siquiera sabemos a dónde puede conducirnos. Dominar algo que sólo controla por ahora la mente de cada individuo, es mucho más complejo de lo que parece. El subconsciente siempre se resiste a toda invasión en sus dominios.

—Lo imagino. Del mismo modo, su subconsciente está jugando con usted ahora, y ese sueño repetido constantemente es todo un misterio por sí mismo. Pero pierda su miedo a él. No use fármacos para permanecer despierto. Duerma, descanse sin importarle lo que sueña.

—Eso se dice fácilmente, doctor. Despierto siempre agotado, sudoroso, como si realmente hubiera vivido esa pesadilla. Cada vez es más real, más próxima a mi propia existencia, hasta formar parte de mi rutina diaria…

—Es natural. Un sueño obsesivo llega a confundirse con la propia

realidad, y eso es lo que debemos evitar, señor Kovak. Le daré un tratamiento, pero sólo usted puede vencer a su propio subconsciente en esta lucha, recuérdelo.

—Lo intentaré, doctor. Pero me temo que va a resultar inútil. Si esa pesadilla vuelve noche tras noche, no sé lo que haré.

—Deberá dominar su terror hacia ella, admitirla como algo sin importancia, evitar obsesionarse con su existencia. Creo que en breve tiempo, si sigue mis consejos, ese sueño desaparecerá de su vida. ¿Es feliz con la compañera que tiene ahora?

— ¿Con Mura? Sí. Es una gran chica. Inteligente, sensible, cariñosa... Me está ayudando mucho en todo esto. Y es la más complaciente de las criaturas.

—Entonces, no se preocupe de nada más. Esa mujer puede colaborar mucho en su solución del caso, señor Kovak.

Estreché la mano del psicoanalista y dejé su consulta, tras recibir la receta del medicamento a tomar. Confieso que me iba de su consultorio esperanzado. Pero, aquella noche, esa vaga esperanza se difuminó por completo.

Volví a soñar lo mismo. El monstruo de siempre apareció en mi pesadilla, como la materialización de un lado maligno de mi persona. Al despertar, sudoroso, convulso, Mura estaba a mi lado, tratando de paliar con su cálida desnudez la angustia de mi sueño. Traté de olvidarlo todo refugiándome en sus caricias, entregándome a ella con avidez, rebuscando en la voluptuosidad de sus curvas y en el fuego de sus deseos un alivio definitivo a mis torturas mentales.

No lo logré. Mura fue cariñosa, tierna y ardiente, como siempre, complaciéndome al máximo. Pero el miedo, la angustia, la exasperación, siguieron aflorando a mí como una maldita resaca de aquella pesadilla rayando en la demencia.

—Lem, querido... —susurró, cubriéndome de besos dulcemente, mientras yo me tendía agotado junto a aquel cuerpo desnudo, prieto y magnífico—. Lem, deja de sufrir... Es sólo un sueño...

— ¿Lo es, realmente? —Dudé, nervioso, respirando con fuerza y cerrando mis ojos—. ¿Por qué tengo que soñar siempre lo mismo, qué significa ese maldito ser escamoso en mis sueños? ¿Qué significado tiene su metamorfosis final en mi propia persona? ¿Acaso soy yo un nuevo doctor Jeckyll, que tiene un Hyde oculto en su cerebro?

—Cariño, esas historias son fantasías de hace doscientos años —me calmó Mura—. Hoy sabemos que un hombre jamás podrá convertirse en un monstruo, ni viceversa, por mucha que sea la idea simbólica de su autor al imaginarlo.

—Aun así tengo miedo, Mura...

— ¿Miedo a qué? ¿A una ilusión de tu mente? Nada es real, querido. Nada, existe, salvo en el momento de dormir. La realidad, tu

realidad, es esta casa, tu trabajo, tu vida…, y yo, al menos por el momento, hasta que te cases con otra mujer alguna vez.

—Mura, el tratamiento del doctor Seward dudo que resulte. Tengo que hacer algo, sea lo que sea.

—No puedes hacer nada. No debes permanecer despierto, no conduce a nada —se inclinó sobre mí, sentí la turgencia de sus grandes senos sobre mi pecho—. Trata de descansar cuando duermes, no hagas caso a lo que sueñas, amor mío…

Me besó con dulzura, tratando de aliviar mis sufrimientos. Le devolví aquel beso, y traté de dormir tranquilo.

Era inútil. Una vez más, el sueño se repitió.

Y esta vez, mi propio yo, aquel ser idéntico a mí que surgía de entre las escamas del monstruo, me decía algo más, una frase que aún me alteró más cuando la recordé más tarde, al despertarme:

—Es inútil cuanto hagas para desprenderte de mí, Lem Kovak… No puedes desprenderte de ti mismo por mucho que lo intentes. Y tú y yo somos una misma persona. Estoy dentro de ti, formo parte de tu vida, no lo olvides. Cuando despiertes, sabrás que esto es algo más que un sueño. Mucho más…

Trajeron a Hann aquella mañana.

Reconozco que yo no estaba en la mejor disposición para atender mi trabajo, sólo tres días después de reintegrarme a él, y con la maldita pesadilla llenando mis noches implacablemente.

Hann era el sujeto de nuestros experimentos iniciales sobre los sueños, con personas reales como conejillos de indias. El primer sujeto elegido no podía ser más inquietante y fascinador a la vez: era Hann, un asesino.

Lo trajeron sometido a la acción de fármacos sedantes, sujeto por correas magnéticas que se adherían a sus muñecas sólidamente. Caminaba como un sonámbulo, y su paso por el laboratorio experimental despertó una admiración y curiosidad increíbles.

—Nada menos que el peor y más conocido asesino del mundo, en nuestro Centro —oí comentar a Radkin—. El paranoico más peligroso de todo el planeta. Y ahora estará en nuestras manos como un indefenso cobaya…

Miré aprensivamente a Hann, sin compartir el entusiasmo de Radkin y los demás. No me gustó. Era un tipo extraño, preocupante. Lo hubiera sido aun sin saber que se trataba de un psicópata asesino de la peor y más peligrosa especie.

Era fornido, ancho, de cráneo rapado, facciones cuadrangulares, mirada azul y fría, muy distante. Vestía un gris uniforme de tejido sintético metalizado, con un número sobre una placa plástica de identificación. Era el atavío de los penados.

Sabía que estaba condenado a la cámara de exterminio. Pero,

antes, habían decidido utilizarle en los experimentos. No creo que le consultaran para ello. Simplemente, le inyectaron fármacos y le convirtieron en una especie de zombi que iba donde ellos querían. Aun si, no estaba tranquilo teniéndole cerca.

Me parecía que en cualquier momento podía reaccionar, convertirse en el terrible ser homicida que era, una especie de bestia insensible, capaz de las mayores aberraciones asesinas.

—Va a ser algo grande, Kovak —me dijo el coordinador de los laboratorios experimentales, mostrándome a nuestro sujeto—. Investigaremos lo más hondo de sus sueños en el Onirigrama. Y tal vez descubramos las razones de la locura y del crimen…

Me estremecí. Iban a usar el Onirigrama al fin. El primer mecanismo creado por el hombre para penetrar, violar los secretos del subconsciente, para leer y ver los sueños ajenos grabados en un videoscopio, como si fuesen imágenes de una película.

Hasta el momento, nadie había decidido utilizar el ingenio con un ser humano, limitándose a hacer experiencias incompletas con animales o con simples grabaciones magnéticas imitando sueños. Probar con Hann, el asesino, podía ser fascinante.

Pero yo pensaba en otra cosa.

Deseaba saber qué proceso conseguiría el Onirigrama conmigo, con mis propios sueños, si llegase a analizarlos. Pero sus resultados mismos me preocupaban e inquietaban. Imaginarme al monstruo de mis pesadillas cobrando forma real en una imagen, proyectado luego en una pantalla, era una idea demasiado terrible para mí. No, no quería verlo, no quería comprobarlo ni remotamente. Pero, al mismo tiempo, la tentación anidaba en mí, yo lo sabía.

Se iniciaron las pruebas con Hann aquella misma mañana. Dos celadores de la penitenciaría escoltaban en todo momento al recluso, mientras un médico celular cuidaba de inyectarle cada cierto tiempo nuevos sedantes en el cuerpo para mantenerle en su actual estado de indiferencia y pasividad por todo.

Hicimos una serie de grabaciones, pero su resultado fue más bien pobre. Al provocarle un sueño artificial, sometido como estaba a fármacos poderosos, sus sueños resultaron ser borrosos e inconcretos. Radkin llegó a una conclusión al examinar las primeras cintas:

—Este tipo está virtualmente en coma profundo. No sueña nada, en realidad.

Se emitió ese informe a Dirección. La decisión de nuestros superiores fue escalofriante: —Procedan a iniciar nuevas experiencias con Hann —dijo el director a través del videófono—. El sujeto será examinado en estado normal, sin drogas ni sedantes. Recurran a cuantas medidas de seguridad quieran, pero háganlo así. Informen a la Secretaría de Penales para el caso, y que ellos adopten las decisiones

adecuadas, pero necesitamos los sueños de ese hombre para iniciar nuestro proyecto definitivo.

—Eso no me gusta —confesó Radkin torciendo el gesto—. Una cosa es trabajar con ese tipo sometido a sedantes, y otra muy distinta manejarlo en condiciones normales, por muy vigilado y sujeto que esté.

Estuve totalmente de acuerdo con él. Pero había terminado la jornada laboral, y mientras Hann era conducido de nuevo al penal, yo regresé a casa como cada día. El monorraíl me dejó ante mi vivienda.

Abrí la puerta y entré en la casa. Mura no apareció a recibirme.

Tuve un repentino temor, un estremecimiento de aprensión. Aquello me resultaba conocido. Formaba parte de mi sueño. Sólo que, en él, la puerta estaba abierta. Y Mura, asesinada. Sintiendo palpitar con fuerza mi corazón, pasé al salón.

No, no había monstruo. Ni crimen. Pero Mura tampoco estaba allí. Ni en parte alguna de la casa. La llamé repetidas veces sin que respondiera. Imaginé que había salido a algo, aunque no era costumbre de ella abandonar la vivienda a aquella hora.

Mura no volvió en toda la noche. Ni a la mañana siguiente. Informé a la Agencia de Placer Sexual. No sabían nada de ella. Si abandonaba un servicio, estaba obligada a presentarse allí. Dieron cuenta a las autoridades, por si le sucedía algo. Pero lo cierto es que Mura siguió sin aparecer. Yo, tras una noche en blanco, sin sueños porque no había llegado a conciliar el sueño siquiera, me dispuse a ir al trabajo con la preocupación de la suerte de Mura invadiendo mi mente.

No sé cómo sucedió pero, mientras tomaba un café, esperando que fuese la hora de ir al Centro, me quedé adormilado.

Y tuve otro sueño.

Por primera vez en mucho tiempo, no soñé con el monstruo. Pero fue peor.

Mura aparecía en mi sueño. Estaba lejana, distante, hundiéndose en una especie de niebla espesa. Alargaba sus brazos hacia mí, patética, desesperada, como pidiendo ayuda. Y yo oía sus gritos.

Unos gritos desgarradores, inexplicables como sus mismas palabras en demanda de auxilio:

— ¡No lo permitas, Lem! ¡No dejes que me lleven allí! ¡No quiero ir, no quiero ir con ellos! ¡Lem, por el amor de Dios, ayúdame! ¡No me dejes partir para siempre! ¡Lem...!

Ella desapareció en esa especie de niebla rojiza, entre vapores carmesí, como un infierno. Se borró ante mis ojos, con su gesto de infinito terror.

No volví a verla, ni despierto ni en sueños.

Desperté en ese momento, agitado y con la piel bañada en sudor

frío. Pero, a partir de entonces, no volví a tener el sueño de cada noche. No vi de nuevo al monstruo escamoso de mis pesadillas.

Sentía preocupación, angustia por la suerte de Mura. La Agencia y las autoridades nada sabían de ella o de su actual paradero. Pero yo experimenté un gran alivio por haber dejado de soñar.

Ese alivio se quebró de repente con dramática e inesperada brusquedad.

Primero fue la evasión de Hann del Centro de Investigaciones.

Después su muerte. Y lo que el asesino psicópata me dijo antes de morir…

3

Había sucedido todo muy rápidamente.

El mismo día que intentamos grabar sus sueños, sometido simplemente a un narcótico vulgar, Hann se nos rebeló violentamente. Fue imposible hacer el experimento.

No contentos con eso, se intentó una segunda vez por orden superior. Y en esa ocasión, no sé cómo, el asesino logró desprenderse de sus ligaduras magnéticas, arrojar por un ventanal a dos guardianes armados, hasta estrellarlos en el pavimento, quince pisos más abajo, escapando luego provisto de una de las armas de sus vigilantes.

La cacería de Hann fue realmente dramática a través de la ciudad, puesta en estado de alerta. Cosmópolis fue sobrevolada constantemente por flotillas de aeronaves de la Policía, en busca del criminal evadido.

Dieron con él en Central Términus al atardecer. Oscurecía cuando lograron rodearle y conminarle a rendirse. Varios funcionarios del Centro de Investigaciones fuimos allí, no sé si por curiosidad o por exigencias de nuestro trabajo. Hann no se entregó. Luchó desesperadamente hasta recibir varios impactos de láser en su cuerpo. Cayó malherido. Se desplomó desde una plataforma para heliturbos, y se quedó agonizante sobre el pavimento, mientras ululaba en la distancia una aeroambulancia.

Fui de los primeros en acudir a su lado. Hann me reconoció. La sangre fluía por su boca y nariz en hilillos débiles. También un oído le sangraba. Debía de estar reventado por dentro. Pero aún estaba lúcido.

Al menos, lo bastante para mirarme con ojos vidriosos, reconocerme y aferrar mi chaqueta para decir entre dientes, en un estertor ronco:

—Usted…, Kovak…, no… experimente… con eso… Es… peligroso… No deje que *ellos*… penetren en su mundo como hicieron… conmigo. No lo permita… Están esperando su… oportunidad… Ese monstruo escamoso… de mis sueños… está ahí… cerca…, esperando… Los que desaparecen…, ellos… los llevan… a *su*… mundo… Kovak, ¡es peligroso experimentar con los sueños! Yo…yo…

Murió en ese momento. Nadie, excepto yo, pudo oír sus palabras, apenas susurradas. Unos policías me apartaron con malos modos. Me alejé del cadáver, taciturno, sombrío, sobrecogido.

Él, Hann, *también* había visto al monstruo escamoso en sus sueños. Quiso decirme algo. Pero, ¿qué? Algo relacionado con el peligro de experimentar con los sueños. Y habló de…, de *ellos*. De los que esperaban su oportunidad. Y de los que desaparecían. Se los llevaban

ellos a su mundo. ¿Quiénes? ¿A *qué* mundo?

—Mura... —gemí de repente—. ¡Dios mío, no! Mura... Se la han llevado... ¡Se la han llevado!...

Estaba nervioso, inquieto.

No tenía ningún sueño. Ni ganas de dormir. Acababa de tomarme mi octava copa de licor. Paseaba por la sala, de un lado a otro, frenético, como un tigre enjaulado.

El fantasma de Mura parecía flotar en la estancia. Y también otro espectro mucho menos agradable: el monstruo...

Me sentía confuso, aturdido. Pero asustado también. Hann había sido, durante todo el tiempo, un simple y vulgar asesino, un psicópata homicida que servía para los experimentos biológicos del Centro. Yo, como hipnoanalista del mismo, dentro del proyecto gubernamental que aplicaba la novísima Ciencia del Hipnoanálisis mediante sondas cerebrales de alta frecuencia, estaba estrictamente obligado a utilizar a Hann como una cobaya cuyos sueños podían revelarnos mucho de la condición humana y, lo que era más importante para nuestros gobernantes, quizá el modo de interferir, controlar y manipular los sueños humanos, para hacer de ellos un importante campo de introducción a nuevas técnicas de orientación, educación y sometimiento de la voluntad mediante consignas hábilmente dosificadas.

De repente, otro Hann muy diferente aparecía ante mis ojos. Aquel desdichado medio reventado en el suelo de una calle de Cosmópolis, tras dura resistencia contra la Policía que le cercaba, me había hablado de modo muy distinto al que usaría el Hann que todos conocíamos.

Humanizado, sensible, lleno de terrores vagos e indefinidos, me había querido advertir. Pero advertir ¿de qué? ¿De mis propios sueños? ¿Cómo llegó a saber él que yo sufría tal clase de pesadillas, que yo veía al mismo monstruo que él en mis sueños cotidianos?

Lamenté de veras en ese momento no haber llegado a conocer en imagen los propios sueños de Hann, el asesino. Tal vez hubiera visto en ellos hechos realidad muchos de mis terrores actuales, de mis obsesiones oníricas. Pero todo ello, ¿a qué conducía?

—Tiene gracia —murmuré sirviéndome la novena copa de licor—. Yo, especialista en los sueños ajenos, no sé traducir ni entender mis propias pesadillas...

Volví pensar en Mura. No sólo porque echara de menos sus brazos cálidos, sus labios ardorosos y sus palabras suaves. Pensé en ella porque Hann se había referido a «los que desaparecen». Y Mura había desaparecido. De mi vida, de la ciudad, de los controles oficiales, de todo. Como si nunca hubiera existido. Como si se la hubiera tragado la tierra. ¿O había sido tragada por los sueños, por mis propios sueños?

La idea era demencial. Empecé a temer por mi razón. Otra copa más no logró aclarar mis ideas, sino enturbiarlas más. Y entonces tomé una decisión tan brusca como absurda y arriesgada.

Recordé que el Onirigrama funcionaba ya en fase experimental. Y que el Onirigrama no era otra cosa que un detector y grabador de sueños humanos, mediante una serie de complicados microsensores del tamaño de una lenteja o poco más, simples chips o cerebros electrónicos de pequeñas dimensiones, dotados de complejos circuitos.

La idea era impropia de una persona responsable como yo. Pero la llevé a la práctica aquella misma noche.

Salí de casa y tomé un aerotaxi en la cercana plataforma de aparcamiento. Me condujo hasta las proximidades de la orgullosa y esbelta torre vertical cuajada de luces que era nuestro Centro de Investigaciones Analíticas del Estado. Hice el resto del camino a pie, utilizando una de las aceras rodantes, ahora desierta dado lo avanzado de la hora.

Toda la inmensa urbe era ahora como un radiante desierto de estructuras modernas y funcionales, de una arquitectura lineal y majestuosa a la vez, salpicada por los numerosos jardines públicos, ahora vacíos de niños vocingleros y juguetones. Por el aire, el desfile de turbocoches era reducido ya, y sólo de vez en cuando un astrobús de línea surcaba el firmamento, rumbo a alguna otra ciudad. Sus ventanillas iluminadas eran como estrellas fugaces en la noche despejada.

Eludí a una patrulla de tráfico que se perdió con sus rojas luces parpadeantes por una de las rectilíneas avenidas, acercándome al edificio donde yo trabajaba cada día.

Utilicé mi tarjeta de identificación para entrar. No se me ocurría otro medio, aunque eso significaba que al día siguiente estaría registrado en la computadora de control el nombre del visitante nocturno. Y carecía por completo de excusa válida para justificar mi presencia allí a tales horas.

No me preocupó de momento el problema.

Entré en la edificación al abrirse las puertas mecánicas. Sabía que los únicos guardianes nocturnos del majestuoso edificio eran solamente los ojos electrónicos y los sistemas de seguridad. Todos ellos aceptarían sin problemas mi identificación para franquearme el paso. Lo que luego pudiera significar eso en mi expediente personal, era otra cuestión. Pero estaba dispuesto a jugarme el todo por el todo en aquella cuestión.

Llegué a la planta donde trabajaba normalmente. Los laboratorios y salas de experimentación vacías, bajo la cruda luz de los paneles, me resultaron tan desoladores como asépticos. Los recorrí, oyendo resonar mis pasos huecamente en los vastos salones desiertos.

Me detuve ante mi mesa de trabajo un momento. Contemplé los apuntes de los últimos experimentos llevados a cabo con Hann, minutos antes de que el asesino se desprendiera de sus ligaduras, atacara a sus guardianes y escapara audazmente de la torre central del complejo. Como todos los demás, eran casi inservibles. No se había grabado nada, especialmente significativo, salvo rutinarias imágenes de sueños habituales en el ser humano, inconexos y sin ningún sentido.

Una vez introducidos los datos en la computadora hipnoanalítica, la pantalla me dio unos resultados que yo esperaba ya de antemano:

IMÁGENES INCOMPLETAS. SUEÑOS INCOHERENTES, EN PARTE PRODUCIDOS POR EFECTOS FARMACOLÓGICOS.

RESULTADO HIPNOTÉCNICO DEL ANÁLISIS: NULO.

Suspiré, retirando las cintas con un gesto mecánico. No podía esperar milagros. La computadora no era un dios. Se limitaba a leer lo que estaba allí grabado, ni más ni menos. Y todos sabíamos que el examen de Hann no había dado el menor resultado.

De pronto me acordé de algo. Cuando Hann se liberó, estaba sometido al último examen biotécnico. Por tanto, algo debió quedar grabado durante los escasos minutos en que se le hizo permanecer bajo los sensores del Onirigrama. Pero con la excitación y violencia de su dramática fuga y posterior muerte, nadie se había vuelto a acordar de ello.

Con mayor nerviosismo que nunca, me aproximé a la cámara del Onirigrama. Era una simple estancia reducida, un cubículo construido con material plástico de color gris, herméticamente cerrado, dentro del cual había un lecho con numerosos sensores para aplicar al paciente elegido, y recoger allí todas sus experiencias oníricas.

Abrí la puerta del Onirigrama, Esto era algo que me estaba totalmente prohibido, a menos que hubiera presente un Coordinador de Dirección. Ahora estaba yo solo. Y no dudé en quebrantar todas las normas del Centro para introducirme en el Onirigrama.

Me aproximé a la mesa, ahora vacía, con sus bandas adherentes sueltas, tal y como quedaron al escapar Hann violentamente, matando a dos de los centinelas encargados de su vigilancia. Levanté los ojos hacia la pantalla situada en el techo de la cámara. Estaba apagada. Sin imagen ni luz. Mi mirada se desvió hacia el objetivo de la máquina, asestado sobre la mesa. El juego de sensores de alta sensibilidad transmitirían a través de ese objetivo todos los impulsos electrónicos en que se descompondrían las imágenes soñadas por el sujeto, formando una especie de vídeo grabado con las mismas. Hann estuvo apenas un par de minutos allí tendido, bajo el efecto de una droga, antes de salir de su sopor y atacar a los que le rodeaban.

—Dos minutos... —murmuré—. Puede ser suficiente...

Conecté el mecanismo. Zumbó el mismo sordamente. La cinta con las últimas grabaciones de Hann se rebobinó de nuevo, pasando a transmitir imágenes a la pantalla electrónica.

Para asombro mío, las imágenes se concretaron en zonas de luz y sombra. Difusas, poco concretas. Pero paulatinamente más nítidas, como si el sueño de Hann o, cuando menos, sus impulsos psicomotores, estuvieran actuando sobre los sensores dando alguna información convertible a imágenes.

Y, de repente, esas imágenes cobraron forma concreta. Se hicieron limpias, precisas. Me quedé absorto, contemplando con fijeza hipnótica la pantalla.

—Dios, ¿qué es esto? —murmuré, estremecido por la emoción de ser, quizá, el primer hombre en introducirse en un terreno virtualmente virgen de la mente humana: el de los sueños, las sensaciones oníricas del hombre, motivo de dudas e incertidumbres desde el principio de los tiempos.

Estaba *viendo*, al fin, el sueño de un ser humano. Un sueño cargado de angustia, de tensiones... Los colores eran sombríos, ocres casi todos ellos. Las imágenes brumosas, aunque ahora totalmente nítidas.

Estaba viendo el propio rostro de Hann, soñado por sí mismo. Un Hann trémulo, asustado por algo, extrañamente indefenso ante algo. Él, que había sido un peligroso criminal sin temor a nada ni a nadie...

No podía ver lo que él miraba, pero los ojos de Hann, azules como nunca, reflejaban terror instintivo, casi animal. Y, de repente, hablaba.

Movía sus labios, mientras se movía, como intentando huir ante algo o alguien, pero con movimientos lentos, pesados, como a cámara lenta, igual que cuando uno sueña que es perseguido y no puede correr porque sus piernas pesan como el plomo.

—No quiero... —jadeaba la voz de Hann a través de la cinta grabada con su sueño—. No, Akhob, no lo haré otra vez... No quiero matar... ¡No quiero! Yo no soy un asesino, nunca lo fui... No quiero, Akhob... No mataré de nuevo. ¡No lo haré, maldito seas!...

Una sombra extraña, informe, siniestra, se proyectaba de repente sobre él, como abatiéndose encima igual que una amenaza llegada de no se sabía dónde. Y una voz profunda, hueca, de metálicas inflexiones y ecos repetidos, resonaba en la distancia, mientras Hann se tapaba los oídos con ambas manos, desesperadamente, y caía de rodillas, despavorido, ante aquella sombra dominante:

—Lo harás, Hann... Matarás de nuevo porque eres un asesino... ¡Yo digo que eres un asesino, y lo serás! Soy tu amo y señor, el todopoderoso Akhob..., y vas a obedecerme. ¡Matarás porque yo lo quiero!

—No, no, piedad... —sollozaba Hann, encogido sobre sí mismo,

tembloroso y asustado—. No, Akhob, nunca más matar… Nunca…

—Matarás —repitió la voz metálica—. Es mi orden. Yo…

Una serie de manchas, líneas onduladas y ráfagas de colores se entremezclaron en la pantalla ahora, borrando toda imagen. Los sonidos de voces humanas se tornaron ininteligibles zumbidos antes de producirse un silencio total. La pantalla quedó oscura. Y yo me quedé sin aliento. Demudado, contemplando aquel vacío donde poco antes viera las imágenes del último sueño de un hombre que ahora yacía muerto en un depósito de cadáveres de Cosmópolis, víctima de su propia violencia.

Una violencia que él, al parecer, no deseaba. Cuando menos, no la deseaba subconscientemente. Pero algo le empujaba a ella. Algo le hacía matar.

Una sombra indefinida en sus sueños, un ser de pesadilla al que él llamaba Akhob.

Me senté, aturdido, apenas salí de la cámara del Onirigrama. Las imágenes de ese sueño postrero de un ser humano me tenían sobrecogido. ¿Significaban realmente algo? ¿Era Akhob la expresión del «otro yo», de la conciencia o el alma de Hann, el asesino? ¿Existía en alguna parte de su cerebro el miedo a alguien, la obediencia involuntaria a un poder superior?

Yo no tenía respuestas para todo eso. Estaba demasiado confuso para ver claro, pero sabía que todo mi conocimiento sobre el onirismo y el hipnoanálisis no me servían para nada ahora. Jugueteaba con la cinta, recién extraída del lector magnético, mientras le daba vueltas al asunto.

—Si pudiera grabar mis sueños tan limpiamente como lo hicimos con Hann… —musité, pensativo, mientras introducía la cinta en la computadora, con la intención de averiguar qué pensaba el mecanismo electrónico de lo conseguido aquel día en la fallida e incompleta prueba.

Esperé mientras se rebobinaba el vídeo obtenido. Luego, pulsé una tecla, y la computadora comenzó a «leer» y memorizar lo grabado. Tras un breve proceso de análisis, la pantalla se cubrió de palabras trazadas en verde luminiscente:

IMÁGENES LIMPIAS DE UN SUEÑO QUE REFLEJA PROBLEMAS DE CONCIENCIA.

EL SUBCONSCIENTE DEL SUJETO SE NIEGA A MATAR. PERO UNA FUERZA SUPERIOR, LLAMADA AKHOB, LE DOMINA Y LE DA ÓRDENES QUE EL SUJETO DETESTA CUMPLIR, PERO QUE PARECE OBLIGADO A LLEVAR A CABO CONTRA SU VOLUNTAD.

POR SER INCOMPLETO EL SUEÑO, NO EXISTE MÁS INTERPRETACIÓN POSIBLE.

Suspiré, cerrando la computadora. Ella y yo coincidíamos en algo.

Ambos estábamos de acuerdo en que Hann no había querido ser un asesino. Pero lo era. La clave estaba en su sueño. Aquel ser, fuese fuerza, espectro mental o cualquier otra cosa, lo que él llamaba Akhob, era su poder dominante, lo que le impulsaba a matar. Recordé al hombre agonizante que me habló. Tan diferente al Hann que todos conocían...

—Debo grabar mis sueños —murmuré—. Y someterlos a análisis en la máquina. Sólo así puedo llegar a alguna conclusión sobre el monstruo escamoso, sobre Mura, sobre tantas cosas que me torturan...

Yo solo no podía conectar el Onirigrama, carecía de medios para ello, ya que precisaba de tres personas para su manejo y control. Pero sí podía intentar algo por mí mismo.

Volví a la cámara de los sueños. Retiré uno de los microsensores de sus circuitos. Era el llamado microsensor Z. El auténtico «lector» y grabador de imagen del aparato. Conectado a un sistema vulgar de ordenador, podía dar un resultado similar, aunque no tan nítido ni preciso como el obtenido mediante el Onirigrama.

Con el microsensor en mi bolsillo, guardé también la cinta de Hann con su sueño incompleto y copia escrita del resultado del análisis electrónico del mismo. No sabía para lo que podía servirme, pero me marché a casa con todo ello, dejando atrás la alta y esbelta torre luminosa del Centro, allá en medio de Cosmópolis, como orgullo de la moderna Ciencia.

Sólo un par de horas más tarde, de vuelta en mi casa, más vacía que nunca desde la ausencia de Mura, a quien no quería suplir con otra chica enviada por la Agencia, me dispuse a intentar el gran experimento.

Me tendí en un diván, conectando un despertador para limitar mi sueño a la duración normal del mismo. Luego, me tendí, tras tomar unas cuantas pastillas hipnóticas. Conecté del microsensor, adhiriéndolo a mi frente. Una vez hecho todo esto, me relajé dispuesto a esperar que llegase el sueño.

Y el sueño llegó.

Me quedé dormido profundamente.

Con el sueño, el monstruo reapareció en mi vida. Volví a verlo frente a mí, amarillo y repugnante. Todo se repitió, detalle a detalle, hasta acercarse al desenlace que yo tan bien conocía.

De un momento a otro, como cada noche, el monstruo se acercaría a mí, con sus repulsivas garras ensangrentadas, mirándome con aquellos ojos suyos, amarillos y malignos, dispuesto a mostrarme bajo las escamas el rostro que tanto temía ver: el mío propio, una vez más, burlándose de mí y de mis terrores más profundos y oscuros...

De súbito, sonó estridente el despertador junto a mi oído.

Salí del sueño brusca, casi violentamente, pegando un salto en el

diván. El sensor casi se desprendió de mi frente a causa de la brusquedad del despertar.

Y entonces le vi.

El monstruo estaba allí. Frente a mí, contemplándome con sus horrendos ojos amarillos, brillantes y perversos…

Inclinado sobre el diván, terriblemente *real*, corpóreo, por vez primera fuera de mi sueño.

Miré al ser espantoso con un horror infinito. Yo *sabía* que estaba ya despierto, fuera de mi sueño.

Pero *él*, en cambio, estaba allí. Ante mí, proyectando una sombra enorme y extraña en el muro y el techo. Una sombra extrañamente parecida a la que el misterioso ente llamado Akhob proyectaba sobre el desdichado Hann en su sueño póstumo…

Lancé un grito terrible.

Salté del diván, despavorido, esperando el ataque del monstruo escamoso. Pero éste, súbitamente, dio media vuelta, emitió una especie de aullido furioso, y echó a correr, desapareciendo por la puerta del gabinete.

4

El doctor Seward estaba preocupado. Muy preocupado esta vez.

—Kovak, me inquieta usted —confesó lentamente, levantándose de su asiento.

— ¿Yo? ¿Por qué? —quise saber, mirándole sorprendido.

—Ha cambiado bastante desde la última vez que nos vimos.

—Imagino que sí. Han pasado cosas desde entonces. Cosas poco agradables. La muerte de Hann, la desaparición de Mura, ese sueño...

—No me refería a eso, Kovak —suspiró el médico—. Hablaba de otra cosa. Entonces usted sólo se refería a sueños, a pesadillas. Era todo perfectamente normal en un hombre con inquietudes, un trabajo agotador y su relación con las cuestiones oníricas del ser humano. Ahora es diferente.

— ¿Diferente?

—Sí. Ahora me habla de realidades. De lo que usted *imagina* que son realidades.

—No imagino nada, doctor. Vi a ese monstruo. Estaba ante mí, acechando mi sueño al despertarme.

—Kovak, sea sensato. Usted mismo me contó que la primera vez que tuvo ese sueño llegó a vivirlo como si fuese real.

—Es cierto. Pero distinto. Fue un sueño, después de todo. Lo supe al despertarme. Ahora sé que le vi una vez despierto. Tan claramente como le veo a usted. Luego, escapó rápidamente.

— ¿Trató de seguirle?

—Por supuesto. Incluso busqué un arma.

— ¿Y qué pasó?

—Nada. No di con él. Se había evaporado en la noche.

—Se evaporó por una razón muy sencilla, Kovak: porque *nunca existió*.

—Eso no es cierto —insistí irritado—. Existe. Ahora lo sé. Estaba ante mí, vigilante. Le enfureció que despertase. De no haber conectado el despertador, tal vez nunca le hubiera llegado a ver.

Vi el escepticismo, la indiferencia en su gesto, mientras volvía a sentarse y tabaleaba en la mesa con su electrógrafo, dudando si extender una receta o no.

— ¿No me cree? —murmuré, repentinamente alarmado.

—No es eso, Kovak. Le creo en parte. Usted confundió la realidad y el sueño. Le dije que ocurre a veces, sobre todo si un sueño se repite en exceso.

—Eso es mentira, doctor. No confundí nada —sostuve, terco—. Estaba allí. Ese monstruo no es producto de mi mente. Y no estoy loco, si es eso que sugiere.

Claro que era eso lo que sugería, Negó rápido con la cabeza, pero sabía que ahora sí mentía deliberadamente. Sus palabras tampoco sonaron convincentes:

—Vamos, vamos, Kovak, amigo mío, no hable así —me apaciguó—. Usted es una persona perfectamente normal. Sólo sufre una especie de psicosis provocada por el excesivo trabajo, lo sucedido a Hann y ese sueño suyo que se repite. Esa chica, Mura, con su marcha repentina, ha complicado más aún las cosas en su mente. Usted quiere creer que hay algo en común en todo ello, una especie de conspiración contra usted, llegada acaso de oscuros puntos de su subconsciente y nada más.

—No sabe lo que está diciendo, doctor. Mura no se marchó. Una chica como ella no desaparece de repente como si fuese de humo. Está en alguna parte. Creo saber dónde. En el lugar que citó Hann, acaso en un mundo donde existen seres como ese monstruo. Es posible que estemos siendo invadidos por extraterrestres.

—Por Dios, Kovak, no diga tonterías —se rió Seward—. Sabemos perfectamente que no existen los extraterrestres tal y como se pensó hasta hace poco. Marte y Venus han sido colonizados. ¿Qué había en ellos? Sólo silencio y soledad, acaso restos de civilizaciones remotas, ya extinguidas, y nada más.

—Hay otros mundos fuera de nuestro Sistema Solar, doctor.

—Quedan excluidos. Están demasiado lejos. No, Kovak, ¿se da cuenta? Usted busca una evasión a sus propios miedos en otros ámbitos remotos, en algo irreal como sus propios sueños. Allí no encontrará a esa chica. Mura. Ni a ese monstruo. Ni a ese misterioso Akhob de que me habló, convirtiendo a un amable Hann en feroz asesino. Todo eso son imaginaciones suyas, deformaciones de su mente. ¿Por qué no pide otro permiso y se interna por un tiempo en una Granja de Recuperación Psíquica? Le iría muy bien.

—Lo sabía —suspiré, mirándole desalentado—, ¿Ése es su consejo? De modo que piensa realmente que estoy loco.

—No, Kovak, no confunda las cosas. Las Granjas son sitios apacibles, tranquilos y sanos, donde las personas se recuperan de sus tensiones, nada más.

— ¡Son manicomios de nombre atractivo, y nada más! —repliqué airado—. No me meterá en uno de ellos, doctor, diga lo que diga.

—No pienso meterle en sitio alguno —sonrió benignamente, poniendo una mano en mi hombro con paternal simpatía—. Al contrario, sólo trato de llevar calma y serenidad a su turbado espíritu, amigo mío…

Cuando un médico psicoanalista usa unos términos tan amables, es para echarse a temblar. Realmente, estaba todo bien claro. Para el doctor Seward, yo estaba como un cencerro y había que recluirme.

—No, gracias —rechacé, yendo hacia la puerta resueltamente—. No va a meterme con buenas palabras y amables sonrisas en ningún sitio de ésos, doctor. Estoy perfectamente sano, lo sé. Algo está sucediendo aquí, no sé el qué, pero empiezo a tener verdadero miedo a algo que desconozco y que me amenaza. Es algo real, tangible, pese a haberse iniciado en un sueño. No me pregunte qué es ni cómo actúa, porque lo ignoro. Pero está ahí, lo presiento. Muy cerca de mí. No es ninguna manía persecutoria tampoco.

—Nadie ha dicho que lo sea, Kovak. Espere un poco aún, hablemos del asunto. Creo que debe tratar de verlo como yo le diga, y…

—No tenemos nada que hablar usted y yo —repliqué, tajante—. Lamento haber venido a molestarle de nuevo. Nunca debí hacerlo. Ahí le dejo con sus cosas, doctor. Lamento de veras haber sido para usted motivo de pérdida de tiempo. Buenos días.

Me dirigí a la puerta resueltamente, la abrí y me dispuse a abandonar la consulta. No llegué a hacerlo. Al menos, no como yo deseaba.

Dos hombres esperaban fuera. Los dos eran fornidos y llevaban batas blancas, cortas y asépticas. Sus poderosos brazos me rodearon de inmediato, a un gesto del doctor Seward. Forcejeé inútilmente con ellos, mientras gritaba airado:

— ¡Malditos, suéltenme! ¡No estoy loco! ¡No estoy loco! ¡Diga que me suelten, doctor Seward, maldito sea usted también!

—Calma, calma, amigo mío —sonrió el psicoanalista, tomando de su mesa una jeringuilla eléctrica, que conectó de inmediato a mi brazo. Sentí la aguja dispararse automáticamente y penetrar en mi vena agudamente, inyectando algo caliente. La voz apacible de Seward añadió persuasiva—: No es nada, nada que deba temer, Kovak. Sólo lo hago por su bien… Necesita un largo y merecido descanso. Un descanso amable, en un sitio paradisíaco, lejos de sus obsesiones y pesadillas.

—No quiero, no quiero… —gemí, sintiendo que empezaba a perder fuerza y consciencia, a causa de la fulminante droga inyectada por el médico en mi vena—. No quiero ir a un manicomio, doctor… El monstruo existe… Hann no era un asesino… Hay algo o alguien llamado Akhob en alguna parte… y se llevaron a Mura. Se la llevaron con *ellos*, no sé adónde… Es cierto. Todo es cierto… Lo sé, lo he visto… El sueño de Hann…, su cinta magnética grabada en el Onirigrama…

—Exacto, Kovak —sonrió con cierta malevolencia el médico, inclinándose hacia mí—. La cinta… Necesito esa cinta. Usted no puede poseerla, no puede revelar a nadie lo que ha sabido a través de ella…

Me la quitó del bolsillo. Le vi apartarse, risueño, satisfecho, guardar la cinta en un cajón de su mesa. Hizo un gesto a los

enfermeros.

—Llevadle —dijo, seco—. Ya sabéis lo que hay que hacer con él.

Entonces creí entender. Un escalofrío de horror me sacudió, mientras los enfermeros me arrastraban con ellos, pese a mi resistencia, cada vez más débil.

El doctor Seward era un enemigo. Un enemigo *mío*. No sabía si aquel hombre bajo su capa de afable médico psicoanalista representaba a las fuerzas del poder, del Gobierno todopoderoso que nos regía autárquicamente y disponía lo que se debía o lo que no se debía airear. O si en realidad representaba las otras fuerzas más oscuras e inconcretas que me estaban acosando desde la dimensión irreal de mis propios sueños, aquella amenaza intangible, misteriosa y terrible, que yo personificaba en el monstruo escamoso y Hann en el maléfico Akhob..., acaso ambos una misma cosa o ser.

Lo único que supe en ese momento es que estaba en manos enemigas, que iban a silenciarme de un modo u otro. Y que estaba perdiendo la noción de cuanto me rodeaba, mientras era arrastrado a viva fuerza hacia una aeroambulancia que partiría conmigo del helipuerto de la consulta del doctor Seward, para llevarme con rumbo desconocido.

Miré a mi alrededor.

Muros grises. Todo muros desnudos a mi alrededor. Sin huecos, sin ventanas, sin otra luz que la emitía el panel del techo, translúcido y blanquecino. Sin más puerta que una situada frente a mí, hermética y sólida.

Prisionero.

Estaba prisionero. ¿De quién? No lo sabía. Esperaba, como mal menor, que del propio Gobierno para el cual trabajaba. Este, al menos, podía ser un enemigo sólido, tangible, real. El *otro* resultaba una alternativa más terrible y estremecedora, fuese cual fuese su naturaleza.

Me incorporé lentamente, sacudiendo mi cabeza de los últimos vapores que la inconsciencia prolongada, obra de una droga, alojada aún en mi mente. Poco a poco, las ideas se fueron aclarando. Recordé a Seward, a los enfermeros, la cinta con el sueño de Hann visualizado, ahora en poder del psicoanalista.

Palpé las paredes. Fuertes, sólidas, lisas y frías. Una celda a toda prueba. Tal vez un manicomio. O una prisión. ¿Dónde? ¿Qué me esperaba ahora?

Era inútil hacer cábalas sobre mi inmediato destino. Ya no era dueño de mis actos. Estaba a merced de los demás. Sólo me quedaba esperar.

Esperar..., ¿qué?

Ni siquiera lo sabía. Pero no podía ser nada bueno.

Mi entrevista con el doctor Seward distaba mucho de haberme dado esperanzas. Él me consideraba un loco. O un peligro. Fuese como fuese, él tenía la fuerza. Yo estaba sometido ahora. Nunca debí confiar a nadie mis temores, mis experiencias terribles de las últimas horas. Pero ahora eso no tenía ya remedio. Había cometido un error. Debía pagar sus consecuencias, fuesen éstas cuales fuesen.

Se interrumpió el hilo de mis pensamientos. Hubo ruido al otro lado de la puerta. Ésta se abrió. Me quedé mirando, deslumbrado, la más intensa claridad del exterior, recortando las siluetas de tres hombres de bata blanca. Uno de ellos llevaba las manos en los bolsillos. Los otros dos, fuertes y ominosos, debían de ser sus enfermeros. Me contemplaron como se examina a un virus en un laboratorio.

— ¿Cómo se encuentra, Kovak? —preguntó suavemente el hombre del centro con tono frío y profesional.

—Mal—dije—. Muy mal. Quiero salir de aquí.

—Lo siento —respondió—. No puede ser por el momento.

—No estoy loco —insistí—. Tengo que salir, doctor.

—Todo se andará, Kovak. Debe tener calma.

— ¿Calma? ¿Dónde? ¿Encerrado aquí como un criminal o un demente?

—Se le trasladará a un lugar mejor, no tema—sonrió benevolente, sin dejar de escudriñarme con ojos tan fríos como el hielo—. Un sitio soleado, limpio y alegre, rodeado de hermosos jardines. Allí estará bien. Se repondrá en una temporada.

Me estremecí. Sabía lo que quería decir con tan bonitas palabras. Un pabellón para enfermos mentales. Había oído hablar de ellos. Bonitas y doradas prisiones con todas las comodidades. Pero prisiones a fin de cuentas.

—No quiero ir a ningún manicomio, doctor, por atractivo que parezca —me irrité—. No quiero que me traten como a un psicópata.

—Nadie le trata así. Simplemente cuidamos de usted por cuenta del Estado, Kovak. Para eso es usted uno de sus más brillantes funcionarios.

El Estado. Yo sabía cuán frío, deshumanizado y cruel puede ser el Estado con sus servidores. Aquellas palabras no podían convencerme en absoluto.

—No, doctor —repetí—. Quiero salir de aquí. Necesito explicar lo que sucede a personas que crean en mí, que me comprendan. El doctor Seward no es una de esas personas. No sé por qué lo hace, pero me quiere recluir, evitar que hable, que diga lo que sé.

—Vamos, vamos, cálmese—sonrió apacible, acercándose a mí, seguido siempre por sus dos hombres de escolta, callados y huraños—. Vamos a tratarle del mejor modo posible, sólo por su propio bien,

muchacho.

Le vi manejar algo en un bolsillo. Una jeringuilla eléctrica. Bastaba acercarla un segundo para que la aguja penetrase en la carne y descargase su contenido. Otra vez me drogarían para conducirme a uno de esos pabellones aislados y herméticos, donde quizá me pasara el resto de mi vida.

— ¡No! —aullé furioso, echándome atrás—. ¡No me toquen! ¡No quiero ser inyectado otra vez! ¡No pueden tratarme como a un loco!

Los enfermeros se apresuraron a ir hacia mí, pero esta vez les esperaba y no me dejé cazar tan fácilmente. Disparé una pierna contra uno de ellos, pegándole de lleno un puntapié en pleno hígado. El tipo se dobló, con un rictus de dolor en la boca, buscando aliento. El otro, cuando ya iba a aterrarme, recibió un seco mazazo de mi zurda en su mentón, y retrocedió, tambaleante.

Pude pasar como una centella entre los dos, golpeando el brazo del médico cuando iba a inyectarme. La jeringuilla eléctrica saltó por los aires, golpeó el muro y se descargó en el aire inofensiva. El hombre dejó sus ademanes suaves, para soltar una imprecación de disgusto.

— ¡Cogedle! —Gritó con enfado—. ¡Vamos, no le dejéis escapar!

Pero yo estaba ya fuera, en un corredor largo, aséptico y bien iluminado, por el que corría como alma perseguida por el diablo. Tras de mí, pronto emprendieron veloz persecución los tres hombres de batas blancas. En alguna parte comenzó a ulular una sirena de desagradable sonido, mientras parpadeaban luces rojas en diversos puntos del corredor.

Habían dado la alarma. Yo era la causa. Empezaba mi cacería.

Debía de hallarme en un establecimiento psiquiátrico del Estado, y eso me daba escasas posibilidades. No debía ser tarea sencilla escapar de allí.

No lo era. Lo cierto es que no me dejaron ir demasiado lejos. Cuando alcancé una puerta que me condujo a un lugar alumbrado por la luz del sol, perdí mis últimas esperanzas. Me hallé en un patio totalmente cerrado—, con una claraboya encima de mi cabeza interponiéndose entre mi persona y el aire libre. Por varias puertas, asomaron individuos de blanca bata, todos ellos del personal clínico del recinto.

—Es inútil que trate de escapar —me dijo uno—. Nadie puede salir de aquí sin ser debidamente autorizado.

— ¡Malditos sean! —Gruñí, airado, mirándoles con odio—. No soy un demente, exijo salir a la vida, a la libertad. ¡No tienen derecho a encerrarme como a un enfermo peligroso!

—Sólo se trata de cuidar de usted, Kovak —dijo a mis espaldas, de nuevo con suavidad, el médico encargado de drogarme por

segunda vez—. Ceda y no oponga más resistencia. Es por su propio bien, Si se obstina en esa actitud, no hará más que perjudicarse.

No me fiaba de la suavidad de sus palabras. Les odiaba a todos. Pero me di cuenta de que era inútil seguir luchando por salir de allí. Los hombres de blanco iban cerrando el cerco en torno mío, como una pesadilla más. No me hubiera extrañado nada verles de repente con cara escamosa y repulsiva, de ojos amarillos.

Pero no; ellos eran humanos. Con todo lo malo y lo bueno que ello implicaba. Para mí, más bien malo que otra cosa.

Aun así, estaba ciego de ira y seguí resistiendo. Golpeé a tres o cuatro de ellos antes de ser aferrado por los brazos musculosos de tres de los enfermeros. Un médico alzó la manga de mi brazo con rapidez, y el otro de ademanes suaves me clavó otra aguja hipodérmica con precisión. En escasos segundos me sentí desvanecer, perdí la fuerza y la capacidad de resistencia.

—Lo siento, Kovak —me dijo sonriente el médico—. No debió poner las cosas más difíciles. Aquí se deben cumplir las normas por encima de todo. Si es usted una persona tan cuerda como asegura, no tiene nada que temer.

—Miente… —gemí, sintiéndome cada vez más débil—. Todos mienten. Me van a encerrar por el resto de mi vida… Lo sé. Y sin embargo, es cierto. Está ocurriendo algo… Algo que escapa del ámbito de mis sueños…, para invadir el mundo de lo real… Tienen que creerme. Presiento que es algo espantoso, doctor…

—Cálmese, amigo mío, y descanse ahora —dijo él conciliador, con tanto aspecto de creerme como si yo le hubiera dicho que era pariente de Blancanieves y los siete enanitos—. Descanse y olvídese de todo lo que le atormenta. Duerma. Cuando despierte, estará en un lugar tranquilo, apacible, donde podrá sentirse mejor que nunca…

Traté de protestar una vez más, de negarme a aceptar su juego. Pero era inútil. No tenía la menor alternativa. Me desplomé en sus brazos y sentí que todo sentido de la realidad me abandonaba con rapidez. Las cosas giraron en tomo mío y me hundí en blanda, esponjosa oscuridad.

5

Mura estaba allí ahora.

Ante mí, contemplando mi lento despertar. Sonreía dulce, tiernamente, como lo había hecho siempre.

—Mura... —gemí—. Mura, Dios mío, gracias por esto... Mura, has vuelto...

—Sí, Lem —asintió ella—. He vuelto. No tienes que temer nada. Estoy a tu lado.

Me incorporé. Estaba donde dijera aquel maldito doctor. Donde temía estar: en el pabellón soleado, de grandes vidrieras —vidrieras que yo sabía eran blindadas, imposibles de romper—, a través de las cuales podía contemplar los árboles, el sol, el cielo azul y limpio, surcado en la distancia por las aeronaves de línea y los astrobuses regulares de crucero, e incluso luminosos y bellos jardines rodeando mi actual residencia.

—Me encerraron aquí —murmuré—. Me han metido en uno de esos horribles pabellones...

—Lo sé. Pero al menos me han permitido venir contigo —sonrió Mura dulcemente.

— ¿Cómo es posible? —desconfié de repente, mirándola sobresaltado—. Tú no estabas. Habías desaparecido. ¿Cómo has vuelto? ¿Por qué te dejaron venir conmigo a este lugar?

—Forma parte de tu terapia, querido —me acarició suavemente el cabello y besó mis labios—. Me encontraron y me trajeron aquí, eso es todo.

—Pero, ¿dónde estabas? ¿Qué fue de ti? Nadie podía dar contigo...

—Estuve muy lejos. Tú debes imaginar dónde.

La miré perplejo, todavía sin demasiada confianza. Aquello era demasiado hermoso para ser cierto, pensé. Mura y yo, solos en aquel lugar... Algo seguía sin encajar.

—No —negué—. No puedo imaginarlo.

—Estuve... Estuve en el mundo de lo inmaterial — dijo.

No entendí nada. Pero mis aprensiones crecieron. Di unos pasos por la estancia, recuperándome de mi pasado sopor. Aún me sentía débil, aturdido y al moverme tenía la impresión de pisar sobre algodones.

—Lo inmaterial... —repetí—. ¿Qué significa eso?

—El mundo de tus sueños, Lem.

—Mis sueños... —repetí como sonámbulo. Me paré, estudiándola con desconcierto—. Eso no puede ser. Nadie puede evadirse al mundo de los sueños.

—No me evadí —sonrió ella moviendo negativamente su cabeza de dorados cabellos—. Me llevaron allí.

— ¿Quién te llevó?

Sólo me respondió:

—Ellos, Lem.

Ellos...

Era la segunda vez que alguien los llamaba así. Recordé a Hann, el asesino, agonizando ante mí, hablándome de cosas aparentemente imposibles...

— ¿Quiénes son ellos, Mura? —quise saber.

La muchacha se encogió de hombros. No dejaba de mirarme. Había dulzura en su gesto, como siempre. Pero no en sus ojos. De repente había descubierto una luz fría en el fondo de sus pupilas.

—No lo entenderías —dijo, evasiva.

—Claro que lo entenderé —insistí—. ¿Son como ese monstruo escamoso? ¿Quién es exactamente Akhob? ¿Por qué hicieron de Hann un asesino contra su voluntad?

Pareció sobresaltarse ligeramente. Me miró preocupada.

—De modo que lo sabes... —dijo lenta, grave su tono.

—Sí, lo sé —afirmé—. Y voy a volverme loco si no lo entiendo todo de una maldita vez. ¿Qué está ocurriendo aquí, Mura?

—Es difícil de explicar, Lem. Hay que verlo, vivirlo uno mismo para poderlo entender un poco.

—Y tú lo has vivido. En ese lugar inmaterial del que hablas.

—Eso es.

—Con esos seres como el monstruo escamoso...

—Sí. Sólo que no son monstruos, Lem.

— ¿Qué son, entonces?

—Nada.

— ¿Nada? —repetí, asombrado—. Todo el mundo es algo, alguien.

—Ellos no. No existen.

Ahora sí que temía por mi razón, Era para volverse loco. Me cogí la cabeza con ambas manos, exasperado.

— ¡Tienen que existir! —clamé—. Todo lo que es, existe.

—Olvida tu filosofía y tus conceptos, Lem —sonrió tibiamente—. No sirven para encarar ciertas cosas.

—Hablas de seres que has conocido, de un lugar donde has estado. Todo eso tiene que existir. O no estarías hablando de ello, Mura.

—Ése es el punto básico de la cuestión. Lo que no puedo explicarte. Yo no vengo de un lugar en tu mundo, en nuestro mundo, Lem. Vengo de... otra parte.

—Inmaterial.

—Sí.

—Con seres que no existen.

—Sí.

— ¡Oh, Dios, déjate de adivinanzas! —clamé—. Tiene que existir todo eso, ¿no lo comprendes?

—Eres tú quien no comprende, Lem —se incorporó despacio, tomándome de un brazo amorosamente—, El mundo de los sueños no existe. No es real, no es tangible.

—Sueños… ¿Quieres decir que uno puede penetrar en ese mundo de nuestros sueños?

—Algo parecido. Ése es el camino.

— ¿El camino hacia dónde? —exigí, airado.

—Hacia otra Dimensión, Lem —me dijo con sencillez.

Me quedé mirándola estupefacto. Parecía hablar totalmente en serio.

—Otra Dimensión… —repetí, como si fuese un eco de muchas de sus palabras—. Eso es…, es imposible, Mura.

—No, no lo es —negó una voz metálica, extraña, inquietante, a mi espalda.

Sentí un escalofrío. Era una voz que yo conocía perfectamente, la había oído muchas veces…, pero en mis sueños. La voz profunda y hueca, de metálicas inflexiones, de un ser demoníaco.

Me volví, sobrecogido. Mura sonreía como si tal cosa. Pero dentro del pabellón, ahora, estaba él.

Contemplé su cuerpo escamoso, sus membranosas manos, sus ojos amarillos y fosforescentes…

—Dios mío, no—gemí amargamente—. Vete de mi vista, monstruo. Estoy soñando de nuevo, debí imaginarlo…

La faz del monstruo tenía una mueca repulsiva y cruel. Su mirada me resultó maligna, llena de perversas intenciones inimaginables. Mura reía a mis espaldas.

—El sueño y la realidad pueden ser una misma cosa cuando se funden, Kovak —dijo la voz del monstruo, resonando huecamente, casi de forma dolorosa, dentro de mi cerebro—. Tú eres el primer hombre que ha penetrado por el umbral de esa puerta a lo desconocido.

—No, mientes —rechacé—. No soy el primero. Antes lo hizo Hann. Y Mura. Y posiblemente el doctor Seward. Ellos también han cruzado ese umbral. Hiciste de Hann un asesino.

—Y de Mura lo estoy haciendo— rió la bestia escamosa—. Ella será una perfecta asesina, Kovak, como lo fue Hann…

Aquellas palabras me dejaron helado.

—Dios, no —me volví. La sonrisa radiante de Mura, en contraste con el brillo helado de sus ojos, me aterró—. No puede ser, Mura. Tú…

Tú no puedes convertirte en una asesina...

—Yo haré siempre lo que Akhob diga —musitó ella dulcemente, como en éxtasis—. Siempre, Lem.

Sentí el horror de lo desconocido, de lo frío y lo deshumanizado dentro de lo más profundo de mi ser. Mura aceptaba con la mayor naturalidad el hecho de convertirse en un criminal, era como una esclava dócil del siniestro poder de Akhob.

—Te tiene fascinada, dominada... —gemí—. Eres una marioneta en sus manos, Mura.

—Soy una sierva fiel del gran Akhob —rectificó ella de forma mecánica, mirando absorta al escamoso.

—Akhob... —me volví de nuevo al monstruoso ser—. ¡Tú eres Akhob!

—Así es —afirmó él—. Yo soy Akhob. Y he venido también a por ti, Lem Kovak.

—Nunca me tendrás. Jamás harás de mí un criminal.

—No es ése mi propósito contigo. Tienes elegido un destino mucho más importante en mis planes. Desde un principio has tenido asignado un papel especial dentro de mi proyecto, Kovak. Ahora ha llegado el momento de que seas mi siervo leal por el resto de tus días.

— ¡Jamás! —rechacé airado.

—No puedes negarte —un cloqueo brotó de sus dentadas fauces en forma de risa—. Nadie puede negarse cuando va al mundo de Akhob.

—No iré nunca a ese mundo. Prefiero morir aquí encerrado, loco, enfermo, lo que sea, antes que ir a esa Dimensión de que habló Mura...

—Ya no está en tu mano evitarlo, Kovak. Ahora soy yo quien manda en tu destino.

—Aún no, Akhob. Aún no —dijo la voz sorprendente, surgiendo de alguna parte.

Maravillado, me volví en otra dirección. Aquel cúmulo de prodigios que tenía lugar en mi pabellón del centro psiquiátrico del Estado, estaba culminando en el mayor y más sorprendente de todos.

Un nuevo ser había surgido ante nosotros, como algo inmaterial hecho realidad por una magia portentosa y desconocida para mí.

Ese ser aparecía envuelto en una áurea luz opalina. Erguido ante Akhob, pareció intimidar por un momento al monstruo, que retrocedió un paso, desconcertado por primera vez. Mura lanzó un grito, cubriéndose de aquel vago resplandor con sus manos cruzadas sobre el rostro, como si le causara daño. Mentalmente, no sé por qué, recordé el efecto qué la luz solar producía en los vampiros, según la leyenda.

Y miré a la persona que acababa de aparecer como una visión celestial.

— ¿Quién eres tú? —pregunté, sobrecogido.

Y me respondió:

—Soy Alana. Vengo para ayudarte, Lem Kovak.

Alana. Era una mujer, naturalmente. La mujer más bella, más fascinante e increíble que yo había visto o imaginado jamás en toda mi vida.

—Alana... —murmuré—. ¿De dónde vienes?

—De la otra Dimensión, como Akhob, como Mura —sonrió dulcemente aquella hembra increíblemente hermosa, de largos y sedosos cabellos platinados, centelleantes como hebras argentíferas, piel sedosa y opalescente, desnudez virginal, envuelta en tejidos tenues, traslúcidos, como tules hechos de bramas. De ojos profundos, rasgados y ambarinos, salpicados de dorados destellos.

—Alana, nadie te llamó aquí —jadeó Akhob, encogido y furioso.

—No hizo falta eso para que yo viniera —musitó ella con voz cálida y sedosa como una caricia—. La puerta está abierta y pude pasar por ella como lo hicisteis vosotros. Este hombre necesita ayuda. Y la tendrá.

Tanto Akhob como Mura parecían intimidados ante la presencia de la hermosísima criatura. Yo no podía salir de mi estupor.

—Alana... —repetí como si su nombre fuese un bálsamo esperanzador para mi atormentado espíritu—. Alana, eres como un sueño hecho realidad. Temo despertar de repente, despertar como tantas otras veces y comprobar que todo fue un nuevo sueño, esta vez teñido con el encanto mágico de tu presencia...

Alana me miró casi dolorosamente. Luego, empezó a desvanecerse ante mis ojos, al tiempo que su voz se debilitaba en la distancia como una queja:

—No debiste decir eso, Kovak —murmuró—. Acabas de cerrar la puerta y debo irme... Vas a despertar, ciertamente. Porque esto no ocurre sino en el mundo inmaterial de tus sueños...

Traté de detenerla, de aferrar su imagen evanescente. No pude. Alana se desvaneció en la nada.

Akhob soltó una larga, agria, repugnante carcajada que retumbó con ecos metálicos en la estancia. Mura sonreía maligna, cruelmente. Ambos parecían satisfechos, felices por la desaparición súbita de la dulce aparición femenina.

—Ella debe irse, pero nosotros no —dijo el monstruo, acercándose de nuevo a mí con sus garras malignas extendidas—. Eres mío, Lem. Ven con nosotros a nuestra propia Dimensión...

Me eché atrás, y grité agudamente:

— ¡No, no! ¡Todo esto es otra pesadilla! ¡Quiero despertar, maldito Akhob, y ver que sales de mi vida, de mis sueños! ¡Quiero despertar!

Y desperté en ese momento, una vez más.

Estaba convulso, bañado en sudor helado, febril incluso.

Me agité en mi lecho, despavorido, pegando un salto en el mismo. Alargué la mano y tropecé con un interruptor. Di la luz.

Miré en torno. La luz venía de unos paneles en los muros. Paneles blancos, vidriosos. La luz era cruda. Estaba en una cámara que me era desconocida. Pensé si todo formaba parte de mi locura.

—Dios mío, ¿y qué sucede ahora? —gemí—. ¿Dónde estoy?

Recordé: el médico, los enfermeros, la inyección a viva fuerza en el patio…

Eran mis últimos recuerdos. En el mundo de la realidad, claro. Lo otro había sido una pesadilla más: Mura, Akhob… y Alana.

Sobre todo, Alana. Ella no era una pesadilla. Era un sueño dulce, maravilloso. Un factor nuevo en el rompecabezas alucinante que invadía mi cerebro haciéndome perder la noción de lo real y lo inexistente.

Sólo por ella, hubiera deseado por una vez que mi pesadilla fuera realidad, aunque significase un viaje a lo desconocido, a una hipotética y quizá inexistente Dimensión.

Respiré hondo, limpiándome la transpiración. Di unos paseos por la cámara, cuadrangular, fría y aséptica. Seguía estando encerrado, prisionero. Sin sol, sin jardines, sin vista alguna al exterior.

—Alana… —murmuré entre dientes, mirando los muros blancos, luminosos—. Alana, ¿fuiste realmente un simple producto de mi imaginación, un ente incorpóreo de mis obsesiones oníricas?

El panel ante mí giró suavemente, como deslizándose sobre un gozne invisible. Y la mujer de blanco que apareció ante mí, negó suavemente, con una sonrisa.

—No, Lem —dijo—. No he sido un producto de tu imaginación. Existo. Yo soy Alana.

Me quedé mirándola estupefacto.

Sí. Era ella. Ella otra vez. Con una bata blanca de enfermera, formando parte de aquel horrible encierro. Pero con su cabello nimbado de luz plateada, con sus ojos de ámbar y oro, con su piel opalina…

—Alana… —gemí, retrocediendo incrédulo—. Oh, Dios, no. Otro sueño…

—Esta vez no sueñas, Lem —negó ella—. Esta vez vives una realidad.

—Una realidad…, pero ¿dónde, Dios mío?

—En otra Dimensión —me respondió—. Has cruzado la puerta, Lem. Estás en nuestra Dimensión ahora. En la que tú llamarías Dimensión Cero…

SEGUNDA PARTE
DIMENSIÓN CERO

6

Esta vez no desperté.

No era un sueño. No podía despertar. Pero era un imposible. O lo parecía.

Alana sonreía ante mí, condescendiente con mi estupor, con mi incredulidad.

—Sí, Lem —repitió con suavidad—. Estás en otra dimensión.

—No es posible —rechacé—. Aquí todo es como en mi mundo, todo tiene tres dimensiones.

—Eso parece. Simplemente, has adaptado tus ojos a nuestro mundo. Es decir, te lo hemos adaptado nosotros. Notarás que llevas unas lentillas que antes no tenías.

Me toqué bajo los párpados. Era, cierto. Noté una capa plástica adherida a mis ojos. Ella me aconsejó:

—No te las quites, Lem. Dejarías de verme, de ver todo esto. Ante ti no habría nada.

— ¿Nada?

—Eso es. Para tu mente y tus sentidos, habituados a tres dimensiones, no existiría cosa ni persona alguna aquí. Sería el vacío total. Nosotros somos la Dimensión Cero.

—Dimensión Cero... ¿Qué es eso, exactamente?

—Justamente lo que significa: ninguna dimensión.

Ni alto, ni largo ni ancho. No existen formas. No como tú las imaginas, cuando menos. Nosotros existimos, existen nuestras cosas. Pero de distinto modo.

— ¿Cómo, en realidad?

—No se puede describir. Nunca lo entenderías. Escapa a tu comprensión y a tu concepto de las cosas, porque tu mente está moldeada conforme a un sistema tridimensional, a unos límites o parámetros ya conocidos. Del mismo modo que no podrías entender la Cuarta o la Quinta Dimensión, salvo de un modo puramente matemático.

—Todo esto suena tan irreal que creo estar dormido todavía, Alana.

—No. Has dormido hasta hace poco, eso sí. Tuviste una especie de sueño que no era tal por completo. Porque, desde hace un tiempo, ninguno de tus sueños lo es por completo.

— ¿Por qué?

—Porque Akhob no lo desea. Él ha logrado entreabrir la puerta que estuvo cerrada durante milenios, durante cientos de millones de siglos.

— ¿La puerta?

—Sí. El acceso a la Dimensión Tres, la tuya. Esa puerta es el sueño de una mente humana. El mundo onírico puede ser el acceso a través del cual se penetre en otra dimensión desde ésta en que no existen los volúmenes ni la materia como vosotros lo entendéis.

—Es para volverse loco, Alana.

—Lo sé. No te aturdiré más con ejemplos o explicaciones. Acepta el hecho, y basta.

—Y el hecho es que yo también he pasado por esa puerta entreabierta.

—Así es.

— ¿Cómo pude hacerlo?

—Deseabas dejar de soñar. Pero también deseabas no estar prisionero en tu mundo. Yo te ayudé.

—Tú...

—Sí, Lem. Soy Alana, Señora de los Cyclios.

— ¿Señora de los Cyclios? —Lem iba de sorpresa en sorpresa, mirando con estupor a aquella bellísima criatura.

—Así es. Te lo explicaré a grandes rasgos. Nuestra Dimensión Cero está habitada por sólo dos razas distintas: los Cyclios y los Triglos. Yo soy la Señora de los primeros.

— ¿Una reina?

—Algo parecido —sonrió Alana—. Akhob es el Señor de los Triglos.

—El monstruo escamoso...

—No, Lem. Akhob no es un monstruo escamoso.

—Pero yo lo he visto así en mis sueños..., e incluso en la realidad, una noche en mi vivienda.

—Sí, ésa fue la primera vez que logró penetrar totalmente en la realidad tridimensional, aprovechando tu sueño. Pero el despertador sonó, arrancándote de él antes de tiempo, y le sorprendiste en tu plano dimensional. Eso no debió de gustarle.

—Dices que no es un monstruo... ¿Acaso se disfraza?

—Algo así —rió de nuevo la joven—. Él adopta la forma que los miedos humanos crean en la mente. Uno de los monstruos que un ser de tu dimensión puede soñar en una atroz pesadilla. Akhob lo capta en la mente humana, y lo amolda a su aspecto, para aparecer corpóreo ante los humanos. En realidad, Lem, como es natural, un ser de Dimensión Cero no tiene ningún aspecto, ni bello ni repulsivo, puesto que materialmente no existe.

—Entonces tú..., tú tampoco existes —musité, aturdido.

—No. No existo, en el concepto que tú tienes de existir. Soy un ser viviente, poseo inteligencia, sensibilidad, ternura, sé amar u odiar, sé ser dócil o violenta, sé pensar, puedo hablar ahora en tu lengua..., pero no soy corpórea, no tengo tres dimensiones, como tú o como

Mura, esa chica amiga tuya.

—Y tu aspecto actual...

—Algo que ves con tus lentillas *tridimen* —sonrió—. Ellas te permiten ver las cosas como tu mente desea que sean, como tus sentidos necesitan que sean.

—Es demasiado complicado para entenderlo del todo, pero me hago una idea, Alana.

—Eso me alegra. Así, ya puedes permanecer en nuestra Dimensión por un tiempo, Lem.

—Cualquier cosa será mejor que estar encerrado en un manicomio. Pero, ¿y Akhob? Él también está en este mundo tuyo, por supuesto...

—Por supuesto. Y Mura también. Fue secuestrada, traída a viva fuerza a esta dimensión por Akhob y sus leales y crueles Triglos.

—Mura... Fue horrible. Soñé que era una asesina.

Tu sueño era fiel reflejo de la realidad, Lem — suspiró Alana tristemente—. Tu dulce Mura es ahora una asesina adiestrada por la maldad de Akhob. Volverá un día a la Dimensión Tres para suplir a Hann, el asesino. Matará sin piedad, será una exterminadora feroz.

—Pero, ¿por qué? ¿Por qué? —clamé, exasperado, mirándola con horror.

—Eso, nadie lo sabe —Alana se encogió de hombros—. Aquí ignoramos por qué Akhob aprovecha el acceso al mundo tridimensional mediante los sueños humanos para secuestrar a seres de la otra Dimensión y convertirlos en asesinos. No sé si es por simple maldad o porque hay algún oculto motivo en sus planes. Sobre eso, nadie sabe nada. Akhob es hermético en sus decisiones.

—Es para volverse loco —gemí, dejándome caer en el lecho—. No entiendo apenas nada.

—Yo tampoco lo entiendo todo, ya te lo he dicho

—Alana se sentó a mi lado, sentí el roce de su cuerpo turgente, hermoso, como si en realidad fuera tan corpórea como yo mismo. Puso su mano sobre mi hombro con ternura—. Pero bástete saber que el pueblo Cyclio, que yo regento, es noble, bueno y pacífico, que nunca ha deseado ni deseará salir de sus límites y hollar otra dimensión que le está prohibida. En cambio, los Triglos de Akhob son todo lo contrario que nosotros: perversos, feroces, de una crueldad sin límites, ambicionan el dominio de nuestra Dimensión y, posiblemente, de las demás que pudieran tener a su alcance en cualquier Universo existente.

—Ahora, yo estoy con los Cyclios...

—Por supuesto. Eres nuestro huésped, Lem — sonrió—. Y ha llegado el momento de que conozcas nuestra realidad y te sientas libre, lejos de estos muros que fingimos para ti al despertar de tus

pesadillas en tu propia Dimensión. Ven, sígueme…

Me alargaba su mano, en una invitación. Yo la tomé. Echó a andar hacia la puerta por la que entrara en la cámara cubicular. Salimos de ésta.

Más allá de aquellos muros no había nada. Sólo oscuridad. Alana caminaba a mi lado, sobre lo que parecía un suelo de brumas. Ambos parecíamos flotar en un vacío insondable y profundo. Sentía mi cuerpo liviano, casi etéreo.

Al fin, bajo nuestros pies se evaporaron las neblinas, apareciendo un suelo negro, espejeante, de vastas dimensiones. Al final del mismo, se recortaban formas oscuras y esbeltas, como torres edificadas con basalto, bajo la luz resplandeciente de un inmenso sol plateado, en un espacio cuajado de estrellas y nebulosas.

—Es maravilloso —susurré—. ¿Dónde estamos?

—Éste es nuestro Universo, Lem. Lo ves tal y como sería para tu concepto dimensional, por supuesto.

—Es de una gran belleza, Alana.

—Sí, a nosotros también nos lo parece —asintió ella con dulzura —. Pero, un día, todo esto puede ser un mundo de horrores, un caos total, gracias a la capacidad destructora de los Triglos. Ellos desean aniquilar nuestro mundo y dominar este Universo para luego saltar a otros Cosmos a través de los «agujeros negros» que esperan conseguir localizar en las mentes de otros seres como vosotros, los tridimensionales.

Me costaba seguir sus razonamientos, porque mis ojos, adaptados a aquella nueva y fantástica dimensión, podían concebir mejor las cosas que mi mente. Una cosa era segura, sin embargo: que fuesen cuales fuesen los límites dimensionales de cualquier Universo, el Bien y el Mal se repartían en idéntica proporción cualquier zona de lo creado. Debía de ser una constante eterna e invariable, no importaba donde uno estuviese.

—Tomemos esa nave —señaló Alana—. Nos conducirá a Zybba.

— ¿Zybba? ¿Qué es eso?

—Nuestra gran ciudad, el centro de nuestro mundo. Allí reino yo sobre el pueblo Cyclio, Lem.

— ¿Está muy lejos de vosotros el reino de Akhob?

—Aquí no hay distancias, Lem, porque tampoco hay longitud ni latitud. Eso es sólo un concepto en tu Dimensión, como lo es el Tiempo. Recuerda siempre que todo cuanto ves y vives aquí, está simplemente adaptado a tu comprensión y nada más.

—Sí, entiendo. Pero hay una nave… —la señalé yo mismo, al ver ante nosotros una forma oval, de color metálico, posada en el bruñido suelo negro.

—Es una nave como tú imaginas que puede ser, pero no como es

realmente aquí. De todos modos, subiremos a ella y viajaremos a Zybba. La distancia es breve, según tu modo de ver las cosas. Oza, la ciudad maldita de Akhob, está mucho más lejos, eso sí. Y entre su mundo y el nuestro hay una llamada Zona Neutra, que ninguno debe cruzar para invadir el mundo ajeno. Sin embargo, sé que en cualquier momento el maléfico Akhob profanará esa divisoria para cometer una agresión contra nosotros. Nuestras fuerzas están dispuestas, a la espera de ese ataque. Espero que podamos mantener a raya a los Triglos.

Penetramos en la nave, que resultó ser, al menos según me era dado ver a través de mis lentillas tridimensionales, un amplio recinto con grandes ventanales circulares asomados a aquel mágico universo cósmico que el ser humano desconocía, y donde ahora me encontraba yo, no sabía bien aún si despierto o dormido.

En la sala no había mandos convencionales, ni controles como en cualquier nave terrestre. En vez de ello, vi una serie de vidrios translúcidos, en forma de poliedros, que Alana manipuló con suavidad, pulsándolos como teclas.

Suave, blandamente, la nave despegó, remontando el vuelo a través del espacio fulgurante de astros y galaxias de la Dimensión Cero. Me pregunté qué ignorados prodigios como aquél existían en la Creación, desde lo infinitamente pequeño a lo inconmensurablemente grande, desde nuestro mundo tridimensional, que consideramos rutinario, hasta el portento inconcebible de cuatro, cinco o diez dimensiones. O de ninguna dimensión, como parecía ser allí la realidad, en la llamada Dimensión Cero.

Fuese imaginación mía, creación de mis sentidos o ficción modelada por unas mentes singularmente poderosas para pertenecer a un mundo sin dimensiones, lo cierto es que me encontraba navegando por un océano de vacío estelar increíblemente hermoso, a través de piélagos infinitos de astros refulgentes, entre las brumas luminosas de las galaxias más inimaginables, allí donde la realidad, nuestra realidad, no existía en absoluto. Allí donde el Universo era otro, donde los mundos y los seres estaban más allá de la imaginación de los humanos.

El viaje fue breve, como dijera Alana. Nos cruzamos con otras naves que iban y venían de mundo en mundo, navegando por aquel cosmos fabuloso, y todas ellas parecían saludar a nuestra propia nave con estelas luminosas disparadas al pasar.

—Saludan a la nave real —me explicó risueña Alana—. Saben que yo viajo en ella, y todos mis súbditos me respetan y estiman. Serás bien recibido porque eres mi huésped.

— ¿Sabe Akhob que yo estoy aquí ahora?

—Tiene que saberlo. Es un espíritu del Mal que posee poderes ocultos. Tiene un espejo que refleja los acontecimientos más distantes.

Seguro que te habrá visto en él, apenas te hallaste aquí.

—Me preocupa ese ser, Alana.

—A todos nos preocupa. Pero debemos convivir con él; eso nadie puede cambiarlo.

La nave sobrevoló un impresionante núcleo, de grandes edificaciones brillantes, casi todas ellas de formas esféricas u ovales, rodeadas de frondosos jardines y selvas profundas. Supuse que todo eso era una escenografía adaptada a mi propio concepto dimensional y no la auténtica forma.

Iba adaptándome a mi extraña situación en aquella Dimensión Cero más rápidamente de lo que esperaba. Ya no me hacía tantas preguntas como al principio, limitándome a aceptar que todo aquello, existía realmente, aunque en el plano material que nosotros aceptamos no tuviera volumen y, por tanto, no existiera como tal.

—Sé bienvenido a Zybba, Lem Kovak —me saludó risueñamente Alana, mostrándome la gran urbe a nuestros pies—. Has llegado a nuestra capital. La gente te dará pronto la bienvenida.

Así fue. Apenas descendimos en una plataforma que servía de cosmódromo flotante, vi a cientos, miles de seres de aspecto completamente normal, humanos tridimensionales en apariencia, alzando sus brazos y aclamando a su Señora, la hermosa Alana, al tiempo que me dirigían a mí frases cordiales de bienvenida. Todos ellos, según vi, eran hermosos, rubios, arrogantes, ya fuesen hombres o mujeres. Imaginé que ello simbolizaba el Bien para mis ojos con lentillas convencionales.

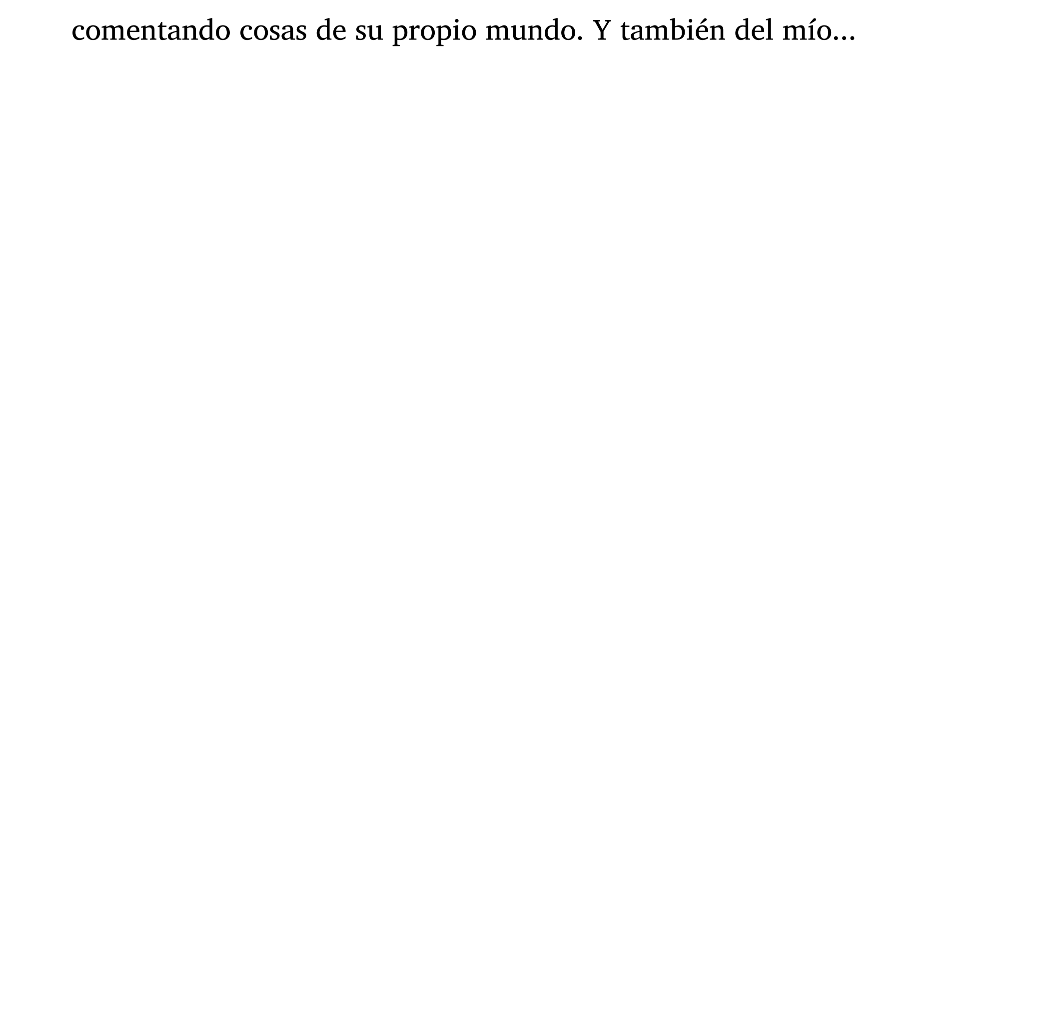
Alana me condujo a su residencia, un auténtico palacio confortablemente preparado para recibir al más exigente de los huéspedes. La sensación de saberme el primer hombre real que pisaba aquel recinto, me causó una extraña y grata excitación.

Ni los primeros astronautas de nuestra Historia, ni los hombres que pisaron la Luna, los que colonizaron Marte o Venus y llegaron con sus naves a explorar el hosco Saturno y el venenoso Júpiter, habían vivido experiencia semejante jamás. Esto era más, mucho más que atravesar el Cosmos para llegar a una remota galaxia. Era penetrar en un mundo, en un Universo del que nadie sabía nada, con el que no teníamos el menor punto en común. Descubrir, más allá de todo lo conocido, otra prueba de la inmensa capacidad del Creador.

No sólo lo tridimensional en su aspecto corpóreo, sino también los gustos y placeres, habían sido adaptados por los poderes de Alana a mis condiciones físicas. Así, pude degustar alimentos exquisitos, manjares selectos regados con vinos de grato paladar, en la recepción que me ofreció, rodeada de su Consejo de hombres sabios y servidores.

Después, en compañía de su consejero de confianza, un anciano llamado Zebb, paseamos por los jardines luminosos de su palacio,

comentando cosas de su propio mundo. Y también del mío...



7

—Nuestra Señora me ha referido anteriormente lo que sucede en vuestra Dimensión, Kovak —me habló el respetable y noble anciano, paseando con nosotros por las alamedas bajo las cinco lunas azules que prestaban su tonalidad nocturna casi mágica a la vecina ciudad de Zybba, resplandeciente con sus redondas cúpulas allá frente a nosotros. La noche de la Dimensión Cero, al menos tal como me era dado verla a mí, era hermosa y deslumbrante.

—Si te refieres a la presencia de Akhob en ella, ciertamente que se están produciendo problemas — asentí—. Ese ser es un peligro para todos.

—En efecto. También lo es para nosotros, como ya sabrás —asintió Zebb—. Su afán de poder y de dominio, de destrucción y de odio no tiene límites. Pero lo peor de él es que es endiabladamente astuto y ambicioso. Mientras no nos extermine a todos los Cyclios, no se detendrá ante nada.

—Y tal vez sueñe también con destruirnos a nosotros en la Tercera Dimensión —musité, preocupado.

—Es muy posible. Aunque creo que va en busca de algo distinto, algo que sólo él sabe lo que pueda ser.

— ¿Y para eso necesita convertir en asesinos a los humanos que captura? —dudé.

—Sin duda. Sus designios son siempre oscuros, pero tienen una fría y tremenda lógica. Algo se propone con adiestrar a sus prisioneros para que sean asesinos al volver a su dimensión normal. Lo que ello sea, lo ignoro por completo.

— ¿Por qué se ocupará precisamente de mi persona? —murmuré —. Esos sueños que se repiten, su presencia en mi vida, el rapto de Mura…

—Tampoco lo sabemos a ciencia cierta, pero imagino que el hecho de que le sea posible penetrar en vuestra Dimensión a través de tus sueños, Kovak, puede explicar bastante bien las cosas.

—Antes de eso, ya había raptado a Hann, devolviéndole a su mundo hecho un criminal —le recordé al anciano.

Éste asintió:

—Muy cierto. Pero tal vez primero logró raptar a seres tridimensionales, sin poder atravesar él mismo esa puerta. Sus fuerzas malignas son grandes, pudo proyectarlas de alguna forma a la otra Dimensión para captar cautivos. Sin embargo, sólo cuando tú empezaste a soñar, él pudo atravesar la puerta que le separaba de ese mundo, utilizando para ello el vehículo de tus pesadillas. Es decir, tu mente, tu subconsciente, como puerta de acceso a lo material.

—Es decir, que encontró la forma de fundir su persona, su materia o lo que sea, con lo puramente imaginario...

—Así es —sonrió Zebb—. Después de todo, ambas cosas carecen de dimensiones, ¿no?

—En efecto —asentí, perplejo, sin poder asimilar aún del todo que cuanto me rodeaba, incluidos la bella Alana y su fiel consejero, eran Solamente producto de un espejismo intencionado, de una corporeidad irreal y fingida—. Dios mío, ¿por qué yo, por qué precisamente yo? Me siento culpable de haber facilitado el acceso a ese monstruo...

—No te sientas culpable de nada —rogó Alana, apoyando una mano en mi brazo tiernamente—. Eres ajeno a todo ello, no pudiste hacer nada por evitarlo. Supongo que el hecho de que trabajes en un Centro de estudios sobre los sueños humanos, hizo que Akhob se fijara particularmente en ti. Sospecho que tu trabajo hipnoanalítico tiene algo que ver con sus ocultas y siniestras intenciones, Lem.

—Es posible. Pero está todo tan confuso en mi mente...

—Debes descansar —aconsejó Alana—. Duerme esta noche tranquilo. Cuando mañana despiertes, te sentirás mucho mejor, estoy segura de ello.

—No lo sé, la verdad —me estremecí—. La sola idea de conciliar el sueño me aterra, Alana.

—No, aquí no —rechazó ella—. En nuestro mundo no se sueña, Lem. No existen los sueños por la sencilla razón de que no tenemos subconsciente. Sencillamente, dormirás. Y eso será todo. Un descanso sin pesadillas, sin imaginar nada. En ese sentido estás a salvo de Akhob.

—Cielos, será maravilloso algo así —murmuré aliviado—. Pero si no existe el tiempo en tu mundo, Alana, ¿cómo podré dormir y por cuánto espacio de horas o lo que sea?

—Para ti, será el tiempo normal de una noche de sueño profundo. Para ti, la noche de nuestro mundo dará paso a un día radiante. Todo está acoplado a tu mentalidad, no temas.

Una vez más acepté ese convencionalismo de la materia y de las cosas relativas, retirándome a una suntuosa alcoba donde mi cuerpo, apenas tendido sobre un lecho flotante, se quedó relajado. El sueño me invadió rápida, dulcemente.

Alana tuvo razón. No hubo pesadillas.

La única pesadilla fue el despertar. Era de noche aún.

Y a mi alrededor, el mundo de Alana, toda la Dimensión Cero, al parecer, ardía en feroz violencia.

Abrí los ojos, temiendo soñar de nuevo. Me los froté, alarmado, y rocé el plástico cóncavo de mis lentillas *tridimen*.

No, no soñaba. Todo era real, condenadamente real, en aquel

mundo de irrealidad.

El palacio temblaba con los estampidos, resplandores llameantes penetraban por los ventanales de mi alcoba regia, y en la distancia, entremezclados con los estruendos de una batalla, se percibían gritos, alaridos, quejas y llantos.

Corrí a las ventanas, asomándome a ellas mientras me ajustaba mi camisa al cuerpo. Quedé anonadado, invadido por el horror.

La hermosa y majestuosa ciudad de Zybba, capital del reino de los amables y nobles Cyclios, ardía por doquier, mientras muchos de sus brillantes edificios se resquebrajaban o se venían abajo estruendosamente. Entre sus ruinas llameantes, corrían hombres, mujeres y niños despavoridos, muchos de ellos sangrando o luciendo quemaduras en manos y rostros, cuando no sus blancas ropas eran presa de las llamas.

Por encima de la urbe, bandadas de negras naves con alas rígidas, como pajarracos siniestros, sobrevolaban las cúpulas incendiadas, proyectando chorros de luz destructora y rayos de poderosa carga incendiaria sobre los indefensos ciudadanos, en la más despiadada y cruel masacre imaginable.

Me sentí terriblemente incapaz, impotente para evitar aquella tragedia pavorosa, estrujé mis puños con rabia, y mi intuición me dijo lo que estaba sucediendo. Enarbolé mi puño cerrado contra aquellos metálicos pájaros de muerte que sobrevolaban el estrellado cielo del cosmos de Dimensión Cero, gritando airado:

— ¡Malditos! ¡Mil veces malditos, asesinos, carniceros sin piedad! ¡Sé que eres tú, Akhob, ser infernal! ¡Sé que esto es obra tuya, malvado destructor!

Como si fuese una respuesta a mis improperios, un rayo luminoso partió cegador de una negra nave alada que sobrevolaba el palacio, y vino a estrellarse, con un reventar de miríadas de chispas, sobre el muro de mi propia alcoba. Me arrojé al suelo providencialmente, apartándome del ventanal, cuando parte de éste se desmoronó. Los muros se resquebrajaron con violencia, y todo empezó a arder dentro de la alcoba. La nave agresora bramó al sobrevolar la cúpula palaciega en vuelo rasante, ametrallando con sus armas fulgurantes a los que corrían por los jardines en busca de refugio.

—Alana... —musité entre dientes, pegado al suelo—. Alana, ¿qué habrá sido de ti, amiga mía?

Como una bendita respuesta a mis temores, la puerta de la alcoba se abrió. Alana, semidesnuda, despavorida, apareció seguida por el anciano Zebb y dos sirvientes armados. Al verme tendido en las baldosas, ella gritó alarmada.

— ¡Lem! —la oí jadear—. Lem, por Dios, ¿estás herido?

—No, no —rechacé, incorporándome—. Casi me caza uno de esos

malditos pajarracos negros, pero pude salvarme a tiempo. ¿Qué ocurre, Alana?

—Lo peor imaginable. Akhob y sus flotillas de guerra cruzaron la Zona Neutra, rompiendo todos los pactos y tratados establecidos desde tiempo inmemorial. Nos ha cogido por sorpresa, sus fuerzas son muy superiores en número y poderío bélico. Ha estado preparándose para la guerra durante tiempo... Ya no hay remedio, debemos huir de aquí o pereceremos todos. Lem, deprisa, salgamos de palacio. Hay leales nuestros que nos ayudarán a escapar...

No me hice de rogar. Aquello empezaba a ser un horno, las llamas lo invadían todo y los techos se derrumbarían de un momento a otro. Corrí con ellos, a través de los pasillos de palacio, entre cadáveres, ruina y fuego. El caos era total en la poco antes hermosa y tranquila ciudad de Zybba.

Cuando salimos al exterior, un vehículo esperaba, conducido por un joven Cyclio de melena rizosa y dorada. Tras la pequeña nave, vi a un grupo de soldados rubios, para proteger a su Señora.

Apenas hubimos subido al interior, varias naves de Akhob surgieron como halcones de metal negro, desplegadas sus torvas alas de murciélago en la noche, vomitando fuego devastador sobre la calle y el vehículo.

Éste comenzó a arder violentamente, los soldados caían exterminados, envueltos en las llamas, entre alaridos de dolor. Yo me precipité hacia un oficial agonizante. Le quité un arma que apretaba en sus manos, una especie de lanza sin punta, un tubo prolongado, con el que apunté a la nave que sobrevolaba en ese momento la calle.

Disparé. Del tubo surgió una llamarada azul, y una especie de enorme estrella reventó en la negra panza de la nave sobre nuestras cabezas. Con formidable estruendo, estalló su fuselaje en una llamarada, yendo a desplomarse sus pavesas sobre las cúpulas de la ciudad, totalmente aniquilado el vehículo maligno.

— ¡Buen disparo, Lem! —Aprobó Alana—. Pero no sirve de mucho, estamos perdidos...

El bueno de Zebb yacía en el suelo, a la puerta del vehículo, bañado en sangre. Nos miró, patético, alzó un brazo, como en una despedida, y quedó inmóvil. Estaba muerto.

Tomé a Alana por una mano, frenético, mientras volvía a disparar el tubo lanzarrayos sobre las naves de Akhob, que se apresuraron a alejarse, pero sólo para volver a hostigarnos. Sin duda sabían que era yo y que llevaba a la Señora de los Cyclios conmigo, porque no dispararon a matar en ningún momento. Los rayos luminosos estallaban en torno nuestro, amenazadores como una advertencia. Nos iban cerrando el terreno paulatinamente, mientras otras naves exterminaban al resto de defensores entre las ruinas de Zybba.

Alana cayó, extenuada, al tropezar en unos cuerpos sin vida. Traté de levantarla.

—No, Lem —murmuró—. Escapa tú al menos. A mí me quieren viva, seguramente para que sea la prisionera de Akhob y me reserve alguna suerte especial…

—No, Alana. No te dejaré sola por nada del mundo —rechacé—. O nos cogen a ambos o nos matan juntos a los dos, está decidido. Pero veremos si esas ratas lo tienen fácil.

No lo tuvieron. Resistí lo indecible, cubriendo a Alana con mi cuerpo. Abatí con mi arma proyectora de rayos al menos un centenar de Triglos antes de ser capturado junto a Alana por una nube de los extraños seres que servían a Akhob, cuya imagen me resultó horrible apenas les vi salir de sus naves para atacarnos.

Eran como sombras, formas negras sin rostro ni facciones, simples siluetas tenebrosas de apariencia humana. Imaginé que sin mis lentillas, aquellos horrendos seres negros, como trazados en tinta sobre una pared, serían aún mucho peores, si es que realmente eran algo.

Sentí su viscosa, fría presencia, al sujetarnos con sus manos sin forma, tan negras como sus rostros amorfos y sus cuerpos rechonchos e informes. Nos arrastraron hasta una enorme nave alada, con la forma exacta de un vampiro de mi mundo, negro fuselaje, alas desplegadas, corvo pico en su proa.

Dentro, sonriente, radiante, había un ser sorprendente, esperándonos a ambos.

—Bienvenidos a mi nave capitana —saludó con voz majestuosa—. Celebro verte de nuevo, querido amigo.

Le miré. Es decir, me miré a mí mismo.

El personaje sentado dentro de la nave capitana de Akhob era yo mismo.

Parpadeé, aturdido. Y comprendí en seguida aquel horrible acertijo.

—Dios mío, eres tú… —murmuré—. Igual que en mi sueño… Eres Akhob…, con el aspecto físico de Lem Kovak…

—Así es —afirmo él, soltando una carcajada con mi propia voz.

8

Sobrevolábamos campos de estrellas y senderos de nebulosas. Era un cuento de hadas. Pero un mal cuento.

Viajar a bordo de la nave capitana de Akhob, rumbo a la ciudad maldita de Ozar, capital del reino de los tenebrosos Triglios, no era precisamente un placer ni para Alana ni para mí.

Akhob —es decir, mi propia imagen hecha realidad, como si me estuviera viendo en un espejo o me hubiera surgido de repente un imposible hermano gemelo—, permanecía ante los mandos de su vehículo espacial, que eran como hermosos prismas cristalinos, sin duda sensores provistos de memoria, capaces de conducir aquella nave a cualquier punto del Universo de la Dimensión Cero.

—Vais a ser mis prisioneros desde ahora hasta el fin de vuestro tiempo —explicó Akhob en un alto de su tarea de dirigir la nave a través del cosmos de su mundo sin dimensiones ni formas—. He sido el vencedor, y Alana ya jamás volverá a ser la Señora de los Cyclios ni mi enemiga.

— ¿Qué piensas hacer con ella, miserable? —le inquirí.

— ¿Por qué no te preocupas por tu suerte y no por la de ella, Kovak? —sonrió, mirándome burlón.

—Mi suerte me importa poco —repliqué—. Es Alaria quien me preocupa.

—No temas, no pienso matarla. Es demasiado preciada para mí. La haré compañera, la esposa del gran Akhob, señor de todos los mundos y todos los Universos.

—Prefiero morir a ser tu esclava o tu concubina — se enfureció Alana, dirigiéndole una mirada llameante.

—Es igual lo que prefieras —se mofó mi sosias—. Aquí sólo se hace mi voluntad. Soy el triunfador, el amo y señor de la Dimensión Cero.

—Pero no de la Dimensión Tres —le respondí secamente.

Volvió a reír como si aquello le hiciera gracia. Me miró como si me estuviese contemplando a mí mismo en una superficie bruñida.

—Eso sucederá pronto —dijo fríamente—. ¿Lo dudas?

—Más que eso. Lo rechazo de plano. No eres nadie allí. Ni siquiera existes como tal ente. Tu aspecto de ahora es falso, como lo era tu escamoso monstruo ridículo. Te has limitado a copiar mi físico. No engañarás a nadie con eso. No posees suficiente poder para vencer a mi gente.

—Qué equivocado estás —rió. Me preocupaba que no se irritase por nada—. Desconoces lo que soy capaz de hacer…, gracias a ti precisamente.

— ¿A mí? —Me encogí de hombros—. No pienso colaborar contigo. Antes moriré.

—No, no morirás. Me haces falta vivo. Y bien vivo.

— ¿Para qué? —dudé, mirándole inquieto.

—Para que seas mi vehículo, mi puerta a tu mundo. Por medio de tu subconsciente pasaré a tu planeta, a tu dimensión, a tu gente. Y no lo haré solo esta vez. Cuando haya manipulado adecuadamente tu cerebro, iremos desfilando por él todos mis

Triglos y yo, para materializarnos en el mundo tridimensional. Mis poderes, trasladados a ese mundo, son infinitos, te lo aseguro.

— ¿Y qué piensas hacer? ¿Esclavizar a los humanos? —reí agriamente.

—Pobre estúpido, haré algo más que eso: una vez allí, gracias a algo que he descubierto, a la llamada Sustancia Non, mezclada a algo que sólo puedo hallar en tu Dimensión, nos convertiremos todos nosotros en seres de tres dimensiones, pero con poderes distintos a los vuestros, con la capacidad de alterar nuestro aspecto, de copiar a cualquier humano, de hacernos invisibles, de mutarnos en cualquier cosa existente... De ese modo, inexorablemente, dominaremos todos los resortes de poder de tu Dimensión, hasta ser los amos de tu Universo.

—Estás loco. Eso es imposible.

—No, no lo es. Te lo demostré, ¿recuerdas? Puedo secuestrar a gente de tu Dimensión, traerla a la mía y convertirla en asesinos sin piedad. Pero puedo hacer más, mucho más aún.

— ¿Qué cosas, Akhob?

—Puedo utilizar la puerta que tú me abriste para penetrar en tu mundo y hacer cuanto te dije. ¿Sabes por qué convierto en asesinos a quienes secuestro?

—No, no lo sé.

—Es muy simple. El hecho de matar a un semejante, produce en la mente humana una alteración cerebral. Las neuronas humanas excitadas por el crimen emiten unas radiaciones de especial intensidad y frecuencia que, actuando sobre mi Sustancia Non, la alteran y transforman en una energía de poder incalculable. Es decir, necesito a muchos humanos asesinos, necesito auténticas masacres, para que esos cientos o miles de seres hagan emitir a cientos de millones de neuronas radiaciones suficientes en intensidad para que la Sustancia Non alcance un elevado poder de concentración. Entonces, esa energía nos hace tridimensionales en el acto, con la capacidad mutante de que te hablé. Lo he experimentado ya con Hann, lo experimentaré asimismo con Mura, en cuanto tu amiga empiece a asesinar tal y como yo la he adiestrado.

—Es monstruoso... ¡Lo que planeas es alucinante! —me horroricé.

—Lo sé. Y me complace que al fin te des cuenta de que no bromeo, no exagero ni digo locuras. Mi poder será infinito, inconmensurable. Y tú lo verás. Lo verás, porque serás mi vehículo y el de mi gente, repito, para penetrar uno a uno en tu Dimensión. No podrás evitarlo, porque tu subconsciente me pertenece ya. Te dejaré aletargado, en sueño constante, para que la puerta se abra del todo en tu mente y podamos atravesarla sin problemas.

—Pero, ¿por qué yo, Dios mío? ¿Por qué yo? — clamé, una vez más, exasperado.

Akhob, aquel ser que ahora era mi doble exacto, sonrió antes de darme la respuesta que yo había ignorado durante todo ese tiempo. Y que ahora me era dada, para mi mayor horror, para mi mayor desesperación.

—Mi estimado amigo Kovak —comenzó burlonamente, con una sardónica mueca curvando aquellos labios idénticos a los míos—: Tenía que elegirte a ti y sólo a ti, por una razón muy sencilla que tú ignoraste siempre...

— ¿Qué razón? —quise saber roncamente, mientras Alana me apretaba una mano, mirándome conmovida.

—Eres un especialista en la nueva Ciencia Hipnoanalítica de tu Gobierno. Ello te hizo trabajar durante tiempo en el proyecto de hipnoanálisis de tus jefes. Y te puso en contacto con un ingenio electrónico llamado Onirigrama. Pues bien, sin tú advertirlo, estando trabajando con ese ingenio en su período experimental, sufriste una descarga magnética en determinado momento.

—Es cierto —admití, perplejo—. Eso sucedió hace algún tiempo, poco antes de...

Me detuve, asustado, creyendo comprender. Miré fijamente a mi otro yo, que sonreía, moviendo afirmativo la cabeza, desde el asiento situado ante los cristalinos mandos de su negra, siniestra nave capitana en pleno vuelo cósmico por la Dimensión Cero, rumbo a la siniestra y temida ciudad de Ozar.

—Eso es, Kovak —confirmó Akhob—. Poco antes de comenzar a tener tus extrañas pesadillas repetidas y obsesivas. Entonces sufriste esa radiación que afectó a tu cerebro sin nadie advertirlo, ni siquiera tú mismo. De tal modo te afectó, que dejó la puerta de tu subconsciente abierta a los embates de otra dimensión: la nuestra. Por ese subconsciente tuyo, repentinamente sensibilizado a nuestros intentos, pude llegar hasta ti, hasta tus sueños... Y de ellos a tu mundo hay sólo un paso para nosotros. El paso que yo pude dar parcialmente, gracias a las neuronas excitadas de Hann y gracias también a la Sustancia Non. Y, cómo no, gracias sobre todo a tu propio cerebro radiactivo por esa descarga magnética apenas perceptible. Ahora ya lo sabes. Eres el único ser en tu mundo que tiene ese don. Por tanto, no

puedes morir ni sufrir daño alguno, Kovak. Tú vas a ser nuestra puerta a la Tercera Dimensión. Al poder supremo de Akhob, convertido en señor supremo de todos los Universos...

— ¡Noooo! —aullé, furioso, precipitándome hacia la compuerta de la nave, con la intención desesperada de poner fin a mi vida lanzándome al vacío, para así evitar que el sueño delirante y terrorífico de aquel monstruo de otra dimensión pudiera hacerse un día triste realidad sin que ser viviente alguno lo sospechara en mi mundo.

Los sombríos Triglos se cruzaron en mi camino, reduciéndome. Noté sus viscosos miembros rodeándome, presionándome, hasta lograr arrastrarme hasta el lado opuesto de la nave, mientras Alana sollozaba.

Luego, unas fuertes ligaduras magnéticas se cerraron en torno a mis brazos y piernas, impidiendo todo otro intento desesperado.

—Lo siento, mi querido amigo —rió Akhob suavemente—. No puedo permitir que te ocurra nada. Eres demasiado valioso para mí...

Exasperado, hundido en mi abatimiento e impotencia, sepulté mi cabeza sobre el pecho. Y creo que lloré. Lloré por primera vez en mi vida.

Pero esas lágrimas de nada iban a servir. Estaba perdido. Y lo sabía.

Lo peor de todo es que yo iba a ser el causante del desastre de todo un planeta, acaso de todo un Universo. Mi mente iba a ser el camino para que los que no existían llegaran a ser el poder tenebroso que dominase el Cosmos.

EPÍLOGO (DESPUÉS DEL PRÓLOGO)

Ésta es mi historia.

He vuelto a mi propia Dimensión. Estoy aquí de nuevo, enviado por Akhob desde la Dimensión Cero.

Me han internado en un centro médico. No puedo hablar, no puedo moverme ni revelar nada a nadie. La Sustancia Non me ha paralizado todas las funciones cerebrales. Todas, menos una: la capacidad de entender, de saber. Y, desde luego, para mi desgracia y la de todos, la capacidad de soñar.

En cuanto me duerma, empezarán a entrar ellos en mi mundo. Mura será la primera, de vuelta a su Dimensión también. Pero con órdenes precisas de matar sin piedad, de ser una asesina capaz de proporcionar a Akhob, mediante la excitación de sus neuronas durante los asesinatos, las radiaciones que se complementen con la siniestra Sustancia Non para darles la capacidad de conversión a las tres dimensiones, una vez cruzada la «puerta» de mi subconsciente, entre la Dimensión Cero y la Dimensión Tres.

Esos malditos médicos que me tratan ignoran que si me duermo empezará el gran desastre. Y van a dormirme, estúpidos de ellos.

Me van a inyectar una droga, ahora les veo.

Piensan que así reposaré bien. No pueden ni sospechar lo que va a ocurrir.

Dios mío, ¿qué hacer? ¿Cómo advertirles de nada, si no puedo hablar, no puedo mover mis labios, mis ojos ni mis dedos?

Es imposible prevenir a nadie. Además, ¿quién diablos iba a creer mi demencial aventura en la otra Dimensión?

—Alana... Alana, amiga mía... —pienso desesperadamente, gritando allá en el fondo de mi conciencia, a una mujer que no puede oírme, muy lejana en el espacio, en el tiempo y en las dimensiones del lugar donde ahora me encuentro—. Alana, ¿es que no puedes ayudarme tú de alguna manera en este trance?

No, seguro que no puede. Ella es también esclava, prisionera del maligno Akhob. Está allá, en su propia Dimensión, de donde tal vez nunca salga.

Y yo estoy en la mía, durmiéndome ya bajo los efectos de la droga, a punto de desencadenar el desastre supremo...

Otra vez ese maldito sueño.

Otra vez en las brumas de mi inconsciencia, viendo aquello que no quiero, que no deseo ver...

Mura es el primer rostro que asomó en mi pesadilla. Mura, con su faz dulce, delicada, tierna y amorosa. Pero con el odio del crimen impreso en su mente por obra y gracia del siniestro Akhob.

—Hola, cariño. Ya estoy aquí contigo... De vuelta en mi Dimensión.

Es lo primero que dijo. Y se inclinaba sonriente a mi lado, besándome en los labios con apasionada ternura. Como si fuesen los viejos tiempos, cuando nada de esto había sucedido...

—Mura, Mura, vete... Maldita seas... —traté de jadear, de articular palabras imposibles en mi actual parálisis total—. No vengas a asesinar, a facilitar a tu amo y señor actual lo que necesita para destruir la vida en otro Universo como destruyó la del suyo...

Pero no pude decir nada. Estaba paralizado, silencioso, mudo. Sólo mis ojos miraban a Mura en mi sueño, pero sin poderle gritar lo que yo quería. Aunque sabía que todo hubiera sido inútil.

Ella, como Hann, era ahora una supuesta psicópata a punto de iniciar su carrera de crímenes para excitar adecuadamente sus neuronas y emitir la radiación magnética que necesitaba Akhob, mezclada a su Sustancia Non.

Sin embargo, su cruel cinismo llegaba al punto de hacerme promesas cálidas y hermosas, como una sangrienta burla más en aquella desesperada situación mía:

—Lem, no sufras por mí. Te amo. Te amé siempre. Soy feliz de estar a tu lado otra vez... ¿Acaso ya no me amas tú? ¿Es Alana quien ahora goza de tu afecto? Dime que no es así, no me hagas sufrir...

—Maldita embustera, qué astutamente ha programado Akhob tu cerebro para engañarme —pensé aterrado, angustiado ante tanto cinismo cruel, compadeciendo también en el fondo de mi alma a la pobre Mura, víctima de tan maligna manipulación hasta convertirla en un simple robot, una máquina de matar al servicio de un espíritu de maldad infinita.

—Ahora va a entrar Akhob en nuestra Dimensión, Lem —anunció Mura con una sonrisa tan dulce como si me anunciara el más bello y feliz de los acontecimientos—. Ahora está en tránsito, justo ahora, Lem. Su cuerpo sin dimensiones ha penetrado por el túnel de tu subconsciente y Viene hacia acá. ¿Sabes qué sucedería si ahora, de repente, despertaras tú de modo brusco?

No quería saberlo. Ni me importaba. ¿Para qué diablos quería yo conocer ese punto? Bajo el efecto de la droga no iba despertarme en modo alguno. Por tanto, seguiría soñando, y él entraría en nuestra Dimensión, como avanzadilla del horror que se avecinaba...

Aun así, Mura siguió con sus palabras excesivamente tiernas y dulces:

—Lem, sería asombroso. Porque, si en estos segundos inmediatos,

tú despertases de modo brusco, nunca más podrías soñar ya con Akhob..., por una razón muy simple. Porque él desaparecería para siempre en el limbo de lo desconocido, en la Zona de Vacío Total, entre su Dimensión y la nuestra. Su alma misma, lo único que le hace semejante a los que tenemos cuerpo y volumen, se perdería para siempre en la Nada. No sería nada nunca más, quedaría flotando por una eternidad, hecho humo, menos que humo, simplemente vacío él mismo, en el vacío absoluto... Ya ves qué curioso, Lem. Sólo con que despertaras ahora mismo, sucedería así. Si tardases diez segundos más en despertar, sería tarde. Ha de ser ahora. AHORA, Lem...

Y fue entonces.

Desperté brusca, casi brutalmente.

Pegué un salto en el lecho donde me habían depositado los médicos. Grité agudamente, con voz quebrada por un sobresalto interior, sorprendiéndome a mí mismo al oír mi propia voz.

Algo, no sé si una corriente interior, un trallazo violento que sacudió mis nervios, músculos y tendones, que hizo palpitar mi corazón con fuerza y hervir la sangre en mis venas, me había arrancado de mi peligroso sueño.

En mi cerebro sentí una conmoción violentísima. Y algo así como un alarido distante, remoto, pero a la vez cercano, conmovió todo mi ser, llegándome desde el fondo mismo de mi subconsciente.

Supe que era él. Akhob gritaba, exasperado, en el momento supremo de su traslado a esta Dimensión a través del túnel del gran vacío entre ambos Universos. No había llegado al nuestro, y había abandonado ya el suyo. Por tanto, no era nada en este momento.

Y en nada se quedaría, perdido para siempre en la Nada total. Si Mura había dicho la verdad, así iba a ocurrir. Así estaba ocurriendo.

—Mura... —gemí, sentándome en el lecho, sudoroso, estremecido por temblores nerviosos—. Mura, ¿qué ha ocurrido? ¿Qué significa esto?

Ella me miraba con sus grandes ojos muy abiertos. Sonreía ampliamente, con risueña expresión gozosa.

—Significa, querido Lem, que todo ha terminado —suspiró—. La pesadilla se cerró para siempre. No volverás a tenerla nunca más.

—Pero no entiendo..., tú... Tú eras esclava de Akhob, él te dominaba, te mentalizó para venir aquí a matar, no a ayudarme, no a estar a mi lado...

Ella asintió, con una luz distinta y nueva en sus ojos.

—Así fue, Lem. Y así estaba programado por su maligno cerebro. Pero las cosas no salieron como él esperaba. Ahora, los Triglos, sin su siniestro jefe, serán de nuevo vencidos por los supervivientes del pueblo Cyclio. Alana será de nuevo la Señora de su gente, y la paz volverá a reinar en la Dimensión Cero, sin la amenaza de un nuevo

Akhob.

— ¿Cómo puedes saber todo eso?

—Lem, está bien claro. Ahora, todos lo saben.

— ¿Todos? —pregunté, estupefacto.

En ese momento, entraron en la sala varios hombres de bata blanca. Me miraron fijamente, y yo me encogí, alarmado.

—No, Novak, no tema nada —dijo el que encabezaba el grupo—. Soy el doctor Webb, del Departamento de Sanidad Universal. No vamos a encerrarle de nuevo, si eso es lo que teme.

—Doctor, yo no estoy loco… —gemí.

—Lo sabemos —sonrió el doctor Webb conciliador—. No tiene que proclamarlo de nuevo repetidamente. Ahora le creemos. El doctor Seward ha sido arrestado y se le está revisando mentalmente. Hay evidencias claras de que tenía su cerebro controlado por una fuerza ajena y peligrosa.

—Akhob…

—Sí, exacto: Akhob.

— ¿Cómo saben ustedes…?

— ¿Lo de Akhob? —El doctor Webb sonrió más ampliamente aún, inclinándose hacia mí—. Lo sabemos todo, Kovak. Por eso le hicimos despertar justo a tiempo, mediante una descarga electromagnética de alta frecuencia, capaz de arrancarle de su sopor violenta y bruscamente. Era el modo de terminar con el poder de Akhob de una vez por todas.

—Pero si cuando conté esto antes nadie me creyó…

—Entonces era diferente. Reconozca que su historia parecía cosa demencial, una idea de locos.

— ¿Y por qué ahora no se lo parece y me creen? — desconfié todavía.

—Es muy sencillo: tenemos la prueba de que dijo la verdad.

— ¿La…prueba? —les miré, estupefacto.

—Así es —el doctor Webb extrajo algo del bolsillo de su bata, que me mostró entre sus dedos índice y pulgar—. ¿Reconoce esto?

Lo miré. Era un diminuto chip, un microcerebro electrónico. Recordé algo de repente.

— ¡Dios mío! ¡El Sensor Z! ¡Es una pieza del Onirigrama! —grité.

—Eso es. Usted hurtó esta pieza de su centro de trabajo. Fue muy acertado hacerlo. El doctor Seward le quitó la grabación del sueño, incompleto de Hann, pero no supo que usted llevaba consigo ese chip y se lo dejó encima. El Sensor Z posee autosuficiencia sobrada para trabajar por sí solo y grabar los sueños de quien lo lleva encima, si involuntariamente se conecta su marcha. Eso hizo usted, seguramente sin advertirlo siquiera. El sensor comenzó a registrar su sueño…, y a transmitirlo a la pantalla del Onirigrama desde la Dimensión Cero. Le

aseguro que la grabación es nítida y perfecta, tal como usted vio las cosas a través de sus lentillas tridimensionales.

—Entonces, saben todo lo sucedido…

—Absolutamente todo. Al principio pensamos en un vulgar sueño, una nueva pesadilla suya. Pero usted había desaparecido, y sometimos la grabación a la computadora. Ésta nos dio una respuesta reveladora: no era un sueño, sino una realidad vivida en un mundo de formas sin dimensión. Eso nos convenció de que existía un peligro cierto, y esperamos el regreso de Mura. Cuando ella llegó, programada para asesinar, se la arrestó y se le borró todo lo manipulado en su mente, volviéndola a la normalidad. Por eso usted, al verla, no entendía lo que estaba sucediendo, pero en realidad no soñaba, sino que la estaba viendo a ella misma entre el sueño y la realidad.

—Y entonces, me despertaron mediante esa descarga súbita…

—Así es. Tal vez Akhob ha dejado de existir ya.

—Estoy seguro de ello —afirmé—. Yo mismo he captado su grito final, cuando comprendió que todo su plan se derrumbaba y estaba condenado a perderse por una eternidad en el vacío absoluto. Ahora estamos libres de su amenaza.

—Y de la amenaza de los que no existen físicamente —sonrió el doctor Webb, moviendo afirmativo la cabeza. Señaló a Mura, arrodillada junto a mí—. Ahora le dejo, Kovak. Necesita descanso. Esta vez, sí.

—No, por favor —rogué—. No más sueños…

—No tema. La puerta abierta a otra Dimensión se cerró ya en su subconsciente al despertar en el momento oportuno. No volverá a tener pesadillas que sirvan de acceso a este mundo a seres de otras dimensiones, si eso es lo que teme. Soñará, como todo el mundo, cosas buenas y cosas malas. Pero que difícilmente se harán realidad. De todos modos, tiene permiso para permanecer con su compañera un rato. Luego vendré para cuidarme de iniciar su recuperación total, amigo mío.

Los médicos nos dejaron a Mura y a mí.

Nos miramos. Tomé sus manos. Y ella las mías.

—Mura… —susurré.

— ¿Sí, Lem? —respondió ella dulcemente.

—Mura, te eché de menos…

—Y yo a ti.

—Soy feliz porque has vuelto.

— ¿De veras? ¿No piensas ya en Alana?

—Alana… —suspiré, mirando al vacío, a la nada—. Ni siquiera sé cómo será, si es que es algo más que intelecto, sensibilidad y ternura. Creí sentir algo por ella, pero comprendí en seguida que era algo que no existe, aunque ella, realmente, exista en su mundo.

—Pero los recuerdos sí existen, Lem.

—Por supuesto. Y sabes que yo la recordaré por mucho tiempo. Eso, nadie podrá evitarlo.

—Tal vez también ella recuerde al visitante de la Dimensión Tres que estuvo un tiempo en su mundo —comentó Mura, pensativa.

—Tal vez. Eso nunca lo sabremos, porque para bien de todos, la puerta se ha cerrado de modo definitivo, y no debe volver a abrirse. Cada cual se queda en su propio Universo, viviendo a su modo la existencia que el Creador le dio.

—Entonces..., no debo sentir celos de ella.

— ¿De Alana? —reí suavemente, negando con la cabeza y atrayendo a Mura hacia mí con energía—. Vamos, vamos, qué locura es ésa, querida... No debes sentir celos de nadie. ¿Y sabes por qué?

—No, Lem. Supongo que porque sientes algo por mí, realmente...

— ¿Sentir algo por ti? Es más que eso. No quiero que sigas siendo una simple empleada de la Agencia, algo deshumanizado y rutinario que se alquila por días o por semanas. Quiero que seas mi esposa.

—Lem, ¿hablas en serio? —ella enrojeció vivamente, mirándome con asombro.

—Jamás dije algo más en serio en toda mi vida — aseguré, abrazándola.

—Oh, Lem, qué feliz me haces... —susurró, estremecida de gozo, uniendo su boca a la mía.

Nos besamos largamente. No pude evitar pensar por un momento en Alana. Y preguntarme cómo hubiera sido un beso en sus labios, a través de lo imposible, a través de diferentes dimensiones.

Pero como eso no llegó a ser, y tal vez ni siquiera hubiera podido ser jamás, me olvidé de Alana poco después, para concentrar mis pensamientos y mis emociones solamente en la mujer que tenía entre mis brazos.

FIN

75 ptas.